ADMINISTRACION
DE
OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LOS POBRES DE LEVITA,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

Don Eduardo Zamora y Caballero.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de Variedades, la noche del 12 de Noviembre de 1864.



MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTÍNEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

CATALOGO

DE LA

ADMINISTRACION GENERAL DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

DE D. FRANCISCO RUBIO.

San Pedro Mártir, número 12, segundo.

OBRAS DRAMÁTICAS.

EN UN ACTO.

A! que se hace de miel...
Amor y dinero.
Aventuras de un cesante
El Angelito.
Don Ramon.
El huérfano ó el niño mendigo.
¡ El Rey ha muerto ! ¡Viva el Rey !
Este cuarto no se alquila.
Fuego entre ceniza.
Fortunato Azares.
Las pesquisas de mi suegro.
Los dos preceptores.
Los apuros de Gaspar.
Me conviene esta mujer.
Pecador y arrepentido.
¡ Presente, mi general !
Por un bofeton un duelo.
Receta contra los locos.
Red de novios.
Triana la Macarena.
Un asunte de familia.
Un casamiento original.
Una carga de caballería.
Una mamá como hay muchas.
Una obra de caridad.
Vida prosáica.

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre.
El pedestal de la estatua.
Los tres talismanes.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Achaques de la vejez.
Al borde del abismo.
Beltran.
Beppo el Aventuro.
Don Tello de Guzman.
El padre de familia.
El honor y el trabajo.
El lago de Glenaston.
El matrimonio de conciencia
¡ Españoles, á Marruecos !
Gabriela de Vergy.
La mejor joya, el honor.
La boda de Enriqueta.
La flor trasplantada.
La historia de una madre.
La piedra de toque.
La primera falta.
La princesita.
La profecía.
La teoría de la voluntad.
Las aves de paso.
Loco de amor.
Los franceses en España.
Los pobres de levita.
Los polacos.
Luisa ó historia de una madre.
Luz en la sombra.
Marco Spada.
Mártir siempre, nunca reo.
Mi suegra y yo.
Pobres y ricos.
Un bandido de levita.
Un dia en el gran mundo.
Ví y vencí.

ZARZUELAS (1).

EN UN ACTO.

Angelita, M.
Atala y Chactas, L. y M.
Batalla de amor, L.
Cada loco con su tema, L.-M.
Casado y soltero, L.
De tal palo tal astilla, M.
El amor y el almuerzo, L.
El Angelito, L.
El Grumete, M.
El rapacin de Candas, M.
El hombre feliz (monólogo), M.
El Sonámbulo, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, L.
Guerra á muerte, M.
Impresiones de viaje, L.
Julio César (monólogo), L.
La cotorra, L.
La pupila, M.
La cruz de los Humeros, M.
La zarzuela (mitad), L.
La dama del Rey, M.
La vuelta del Corsario (2.ª Pte. de *El Grumete*), M.
Lo que de Dios está, L. y M.
Las bodas de Juanita, L.
Los dos ciegos, L.
Pablito, L.
Por cana más ó ménos, L. y M.
Por un paraguas, L. y M.
Un ayo para el niño, M.

(1) De las obras que van marcadas con las inicialos L. ó M., pertenece sólo á esta Administracion, la música ó el libreto, y las que llevan L. y M. corresponden á la misma por completo. — Toda partitura que se pida por los representantes de esta Galería, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

LOS POBRES DE LEVITA.

LOS POBRES DE LEVITA,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

Don Eduardo Zamora y Caballero.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de Variedades,
la noche del 12 de Noviembre de 1864.



MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTÍNEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

Los corresponsales de DON FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados esclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Pobre importuno...
Un tenor, un gallego y un cesante.
Una comedia más.
La piedra de toque.
No mateis al alcalde.
¡El rey ha muerto!... ¡Viva el rey!
Un dia en el gran mundo.
Marco Spada.
¡Me conviene esta mujer!
Don Ramon.
La mejor joya el honor.
Los pobres de levita.

LA NIÑA EXPÓSITA, novela original.

ECOS DEL ALMA, coleccion de poesias, con un prólogo de D. Roque Bárcia.

EN PUBLICACION.

EL PROGRESO POR EL CRISTIANISMO, traduccion de las Conferencias predicadas en Nuestra Señora de Paris por el R. P. Félix, de la Compañía de Jesus.

PERSONAS.	ACTORES.
VALENTINA..	STA. BERROBIANCO.
EMILIA.	DIAZ.
MARIA..	GENOVES.
EL VIZCONDE DE LA PALMA.. . .	SR. ROMEA (D. F.)
EL MARQUES DE SAN JORGE. . .	OLTRA.
DON ANTONIO GARCIA.	PARDIÑAS (1).
FERNANDO.	MORALES.
UN NOTARIO.	GARCÍA.
JUAN.	ZARAGOZANO.
UN ESCRIBIENTE..	N.
UN LACAYO..	N.

La accion en Carabanchel.—Epoca actual.

(1) El Sr. Pardiñas se ha encargado del papel de don Antonio García, á pesar de no corresponderle, dando así una prueba de su buen deseo, y atendiendo sólo al mejor desempeño y reparto de la obra.

ACTO PRIMERO.

Habitacion baja de una casa en Carabanchel. Mueblaje antiguo y bastante usado. Puertas laterales que comunican con las habitaciones interiores, y una al foro que deja ver un jardin. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, JUAN.

JUAN. Vamos á desempeñar las funciones de jardinero, ya que están terminadas las de ayuda de cámara del señor marqués de San Jorge. ¡Se pasa aquí una vida agradable!... ¡Mucho trabajo y poco salario!...

MARIA. ¿Quieres callarte, Juan? Siempre estás murmurando...

JUAN. ¿Y acaso no tengo razon? No, pues el mejor dia, le digo al señor Marqués: «Aquí sobra uno».

VALENT. (Dentro.) ¡María!

MARIA. Silencio... La señorita.

JUAN. ¡Oh!... Esa es otra cosa... Un ángel, un verdadero ángel, que tiene ganado el cielo sólo con sufrir á su padre... ¿Y decir que eso es un Marqués?... Vaya... abur. (Vase foro.)

ESCENA II.

VALENTINA, MARIA.

VALENT. ¿Sabes si ha llegado ya de Madrid mi primo?...

MARIA. Hace rato le ví pasar en direccion á su casa.

VALENT. ¿Y no te ha entregado un paquete de estambres que le encargué?

MARIA. No, señora... No se ha detenido ni un solo momento.

VALENT. (Sentándose junto á un velador que habrá en primer término con recado de escribir.) Aprovecharé en escribir á Carolina.

MARIA. Señorita, si no la incomodo á usted continuaré limpiando.

VALENT. Sí, continúa. (Escribiendo.) «Mi querida Carolina: Mi existencia no se parece á la tuya, sino en que soy tan feliz en mi retiro de Carabanchel, como tú en los más lujosos estrados de la corte. Desde que á mi salida del colegio, hace tres años, me trajo mi padre á vivir en esta casa, los dias se han deslizado para mí iguales y tranquilos, sin dejar en mi memoria la huella de una pena, ni el bullicioso rastro de una alegría. Carabanchel seria para mí el limbo, si la grata presencia de mi padre no lo convirtiera en cielo.» (Declamando.) ¡Un cielo algun tanto monótono á fe mia. ¡María!...

MARIA. Mande usted, señorita.

VALENT. Trae el lacre que está sobre mi mesa, y una luz encendida.

MARIA. Voy al momento. (Vase por donde entró Valentina.)

VALENT. (Continúa escribiendo.) «Ahora, con motivo de la primavera, tenemos aquí algunas familias de la corte, y todos los dias llegan nuevos viajeros; pero como nuestra casa está fuera del pueblo, y mi padre gusta poco del trato de gentes, no veo á nadie, á excepcion del vizconde de la Palma, mi primo, casi mi hermano, á quien creo conocerás por uno de los hombres más elegantes de la coronada villa; su fortuna, no muy considerable, ha desaparecido en esa

babel que se llama Madrid; pero su buen humor ha sobrevivido felizmente á su fortuna.»

MARIA. (Saliendo con una barra de lacre y una bujía encendida.) Aquí tiene usted, señorita.

VALENT. Muchas gracias. (María deja sobre el velador los objetos que trae en la mano, y volviendo á tomar su plumero se dirige á limpiar un aparador que habrá colocado á uno de los lados de la puerta del foro, sobre el que deberá haber alguna vajilla y objetos de servicio de mesa, como botellas, vasos, etc. Valentina continúa escribiendo.) «Ayer he tenido noticias de Emilia, nuestra buena y querida compañera de colegio: se ha casado con un capitalista que la adora, y que la traerá á Carabanchel uno de estos dias, para satisfacer su capricho de darme un abrazo. ¡Qué feliz voy á ser cuando la vea!»

MARIA. (Deja caer y rompe un plato.) ¡Ay!...

VALENT. (Doblando la carta y metiéndola en el sobre.) ¿Qué es eso?

MARIA. Una gran desgracia... ¡He roto un plato!... ¿Qué dirá el señor Marqués?...

VALENT. No temas: recoge los pedazos, y mi padre no sabrá nada...

MARIA. ¡Si los cuenta todos los dias!...

ESCENA III.

DICHAS, MARQUES.

MARQ. ¿Qué ruido es ese?

VALENT. (¡Mi padre!)

MARIA. (Turbada.) Es... un ruido...

MARQ. (Reparando en los pedazos del plato.) ¿Un plato roto?... Es decir que te has propuesto saquear mi casa...

VALENT. (Levantándose.) No la regañe usted, papá... yo tengo la culpa...

MARQ. ¿Tú?... ¿Has sido tú quien ha roto el plato?...

VALENT. Sí, señor, papá...

MARQ. Si has sido tú... eso es diferente...

MARIA. (¡Pobre señorita!)

MARQ. (A María.) Vamos, recoge esos pedazos, y que no se

pierda ninguno: quizá puedan pegarse todavía. (Repara en la bujía encendida, se acerca á ella y la apaga.)

VALENT. Papá... iba á cerrar esta carta...

MARQ. (Encendiendo un fósforo y volviendo á encender la bujía.) Perdona... ha sido una distraccion.

MARIA. (Recogiendo los pedazos del plato.) (¡Qué diferencia del padre á la hija!)

MARQ. ¿A quién escribias?

VALENT. A Carolina, mi compañera de colegio. (Acaba de cerrar la carta.)

MARQ. ¿Has concluido? (Por la bujía.)

VALENT. Sí, señor.

MARQ. (Despues de apagar la bujía.) Pero... me ocurre una idea... ¿cómo si estabas escribiendo has podido romper el plato?

MARIA. (¡Lo que discurre el gran tacaño!)

VALENT. Yo diré á usted...

MARQ. Comprendo, has querido cargar con la responsabilidad de su torpeza...

VALENT. Un plato ordinario...

MARIA. No vale gran cosa.

MARQ. Es verdad: por consiguiente podrás comprar otro sin arruinarte... Quien rompe paga.

MARIA. Está muy bien, señor. (Vase.)

ESCENA IV.

DICHOS, JUAN.

JUAN. Señor, acaban de traer esta carta.

MARQ. (Tomando una carta que Juan trae en la mano.) Venga... (De mi escribano... ¡Dios quiera que no traiga alguna mala noticia!...) (Leyendo.) «La granja ha sido por fin arrendada.» (Respirando con satisfaccion.) ¡Ah! (Continúa leyendo.) «Pero ha habido necesidad de hacer una rebaja de mil reales anuales.» (Con abatimiento.) ¡Una rebaja! ¡Mil reales anuales! (Se deja caer en una silla.)

VALENT. (Acudiendo.) ¿Qué tiene usted, papá?

MARQ. (Esforzándose por sonreir.) Nada, nada. (Levantándose.) (Todo se reduce á tener un poco más de economía.)

ESCENA V.

DICHOS, MARIA.

MARIA. ¿Señor Marqués?

MARQ. ¿Qué?

MARIA. Una pobre mujer con tres niños pequeños pide una limosna... ¿La despido?...

VALENT. No, no... ¡Pobre mujer!

MARQ. (Conmovido y metiendo vivamente la mano en el bolsillo del chaleco.) ¿Te interesa, hija mia?

VALENT. Sí...

MARQ. (De pronto, volviendo á dejar en el bolsillo la moneda que habia sacado.) (¡Siempre el Marqués!)

VALENT. ¿No tiene usted, por casualidad?...

MARQ. Sí tengo... pero el pueblo está lleno de vagos... ¡que trabajen!... Ademas, la mendicidad está prohibida por la ley.

VALENT. Sí, pero la ley no da de comer al que no tiene. (Suplicando con zalamería.) Vamos, por mí, papá.

MARQ. Si te empeñas... toma. (Le da una moneda.)

VALENT. (¡Un cuarto!) (Guarda vivamente la moneda en el bolsillo y saca otra que da á María.) Toma, da eso á esa pobre mujer en nombre de mi padre.

MARIA. (Un duro.) (Bajo á Juan.) ¡El señor ha dado un duro!

JUAN. (Bajo á María.) Debe estar enfermo. (Vase María.)

VALENT. Juan, llevarás esta carta al correo. (Dándole la que cerró ántes.)

MARQ. Al correo, no... Dásela al mayoral de la diligencia, que él la llevará á Madrid y á su destino esta misma tarde. Este medio es más seguro...

JUAN. Y más económico... Se ahorra el franqueo.

MARQ. (Con enfado.) Bien... vete. (Vase Juan.)

ESCENA VI.

VALENTINA, MARQUES, VIZCONDE.

MARQ. ¡Hola!... ¿Cómo te va, Ricardo?
VIZC. Perfectamente, tio... ¿Prima mia?...
MARQ. ¿Tú levantado á estas horas?
VIZC. Todos los dias me levanto al amanecer.
MARQ. Es decir, á la hora á que te acostabas ántes.
VIZC. ¡Oh!... Antes... ántes vivia en Madrid, en el pueblo de las contradicciones... ¡Pche! La vida misma no es más que una contradiccion perpétua... En primer lugar, se vive para morir... ¡Contradiccion! Se tienen todas las apariencias del lujo, de la riqueza, y se muere pobre... Testigo mi padre, que á su muerte no me dejó más bienes que su ilustre nombre y la legítima intacta de madre, de la que en el dia sólo me quedan exiguos restos... y en medio de tanta desgracia... ¿qué mayor contradiccion que este buen humor inalterable que me acompaña por todas partes? Y... á propósito, tio... ¿sabe usted la causa de la ruina de mi padre?
MARQ. No.
VIZC. Ni yo tampoco. Hé aquí otra contradiccion: yo, que me veo obligado á fijar en Carabanchel mi residencia por los siglos de los siglos, ignoro la causa que me pone en tal aprieto.
VALENT. ¿Parece que te disgusta el tener que ser nuestro vecino?
VIZC. ¡No lo creas!.. A mí nada logra disgustarme... Cuando en estos últimos años he visto desaparecer una por una casi todas las fincas de mi madre, conocí que la fortuna se divertia en atormentarme, y me propuse no servir de diversion á la fortuna... Con cada una de esas fincas se iba una parte de mis rentas, es verdad: pero tambien se hacian más breves las cuentas de mi administrador, y con eso no me cansaba tanto el examinarlas. La venta de mis muebles me pri-

vaba de algunas comodidades: yo no he echado de ver sino que me evitaba el disgusto de verlos envejecer... y cuando despues de algun tiempo me comí mi último caballo, no pensé sino en lo higiénico que es el andar á pié...

VALENT. Reflexionando de ese modo...

VIZC. El que no se consuela, es porque no quiere. Si yo hubiera tenido hoy un caballo no hubiera disfrutado el placer de andar á pié tres leguas para ir á Madrid, de donde te he traido el estambre que me encargaste.

VALENT. Te doy mil gracias por esa molestia... ¿Cuánto te debo?

VIZC. ¡Oh!... Nada... ya hablaremos de eso más tarde...

VALENT. No, no, yo no quiero tener deudas.

MARQ. Valentina tiene razon: y tras de ocasionarte una molestia, no es justo que te produzca un gasto.

VIZC. ¡Vaya un gasto!

MARQ. En efecto, no es gran cosa.

VALENT. Pues si no tomas su importe, será esta la última vez que te encargue nada.

VIZC. Ya que te empeñas, presentaré al tio la cuenta.

MARQ. ¿A mí?... ¡Ah! Corriente... corriente...

VALENT. ¿Y decias que has ido á pié?...

VIZC. Y he vuelto: total, tres leguas. ¡Un paseo magnífico que me ha abierto un apetito!...

MARQ. ¿Apetito? ¡Qué organizacion tan admirable la de este Ricardo: apénas anda tres leguas ya se le abre el apetito!...

VIZC. Tio, á las once de la mañana, y con ese paseo en el cuerpo, no creo que sea ningun abuso del estómago el demandar alguna cosa que le preste nuevas fuerzas.

MARQ. ¡Cómo! ¿No te has desayunado?... ¡Pobre muchacho!... No te detengas... Tu casa felizmente está cerca, y el desayuno te estará ya echando de ménos. Mira, toma un par de chuletas, un poco de jamon, en fin, algo fuerte... ¿no es verdad, Valentina?

VALENT. Sí... pero...

MARQ. Nada, vete, vete... Uno de estos dias almorzaremos

juntos... cuando tú quieras, en tu casa, se entiende... un almuerzo de soltero que me recuerde los dias de mi juventud... Con que adios... voy á mi gabinete... no te detengas. (Vase.)

VIZC. (Tio inverosímil!... Dejaria morir de hambre á su sobrino.)

ESCENA VII.

VALENTINA, VIZCONDE.

VALENT. Te ruego que dispenses á mi padre, Ricardo.

VIZC. ¿Dispensarle?...

VALENT. Si no te ha detenido para darte de almorzar, ha sido por temor de no tener nada bueno que ofrecerte.

VIZC. (¡Pobre muchacha!)

VALENT. Pero yo que no tengo esos escrúpulos y que conozco tu indulgencia para con nosotros, voy á mandar que te sirvan cualquier cosa.

VIZC. Gracias, prima mia, te juro que no tengo gana.

VALENT. ¿Pues no decias hace poco?...

VIZC. Era sólo por oir á mi tio; por lo demas á mi llegada de Madrid he almorzado con un apetito digno de mejor mesa.

VALENT. No me gusta que te burles de mi padre.

VIZC. No es que me burle; pero como mi respetable tio es tan...

VALENT. Ricardo.

VIZC. Ya me callo... Pero no podrás ménos de convenir en que tu padre es muy económico... económico... hasta la... no diré la palabra.

VALENT. No gusta de malgastar el dinero.

VIZC. No, ni de gastarlo tampoco.

VALENT. De todos modos, yo debo respetar las causas que le mueven á obrar así.

VIZC. Corriente; pero si quieres ser franca conmigo, no podrás ménos de confesarme lo que te hace sufrir con su carácter mezquino.

VALENT. Todo lo contrario.

VIZC. ¿Todo lo contrario?

VALENT. No puedo ménos de experimentar una alegría mezclada con cierto orgullo, al contemplar á mi padre, tán económico para consigo mismo, ingeniarse para adivinar y satisfacer mis deseos... ¿Si tú supieras el placer que se retrata en su semblante cuando me hace algun regalo? Créeme, Ricardo: mi padre es bueno, mucho mejor de lo que tú crees.

VIZC. No, si yo no digo que sea ningun tigre; pero eso no prueba que tú hayas nacido para consumir tus gracias oculta en este rincon, cuando pudieras ser en los salones de la corte la reina de la elegancia y la hermosura.

VALENT. ¿Vas á galantearme ahora, Ricardo?...

VIZC. No, no temas: el amor es un placer demasiado caro, y que no podemos disfrutar los pobres...

VALENT. Sin embargo...

VIZC. Vas á decirme que los albañiles aman, qne aman los zapateros de viejo, que aman á veces hasta los pobres de solemnidad, los de San Bernardino: es que esos no son pobres; esos son industriales que viven de su trabajo ó de la caridad pública. Los pobres, los verdaderos, los únicos pobres, somos nosotros, los que pasamos á veces los dias sin comer por no empeñar la repeticion que llevamos en el bolsillo del chaleco; los que pagamos un interes de ciento por ciento por la moneda de oro que el Juéves Santo arrojamos con desden en la bandeja donde nuestras amigas piden para otros pobres, mucho más ricos que nosotros; los que al vender nuestro caballo nos vemos obligados á conservar la fusta y las espuelas, para ostentarlas gloriosamente, como las he ostentado yo esta mañana por las calles de Madrid, para que mis amigos creyesen que habia ido á caballo. Esa es la pobreza: la pobreza dorada; la miseria que se arrastra algunas veces hasta en lujosas carretelas; la que pisa todas las noches mullidas alfombras, y se ve obligada á tomar con sus amigos una taza de café, para digerir lo que no ha comido ni sabe si comerá al dia siguiente. Atras, habitantes de San Bernardino; atras, pobres de solemnidad: vuestra pobreza os da de co-

mer, vuestra pobreza es vuestro oficio; plaza á nosotros, á los pobres, á los verdaderos pobres... ¡Plaza á los pobres de levita!

VALENT. Pintas tu posicion con un entusiasmo, que no sabe una si compadecerla ó envidiarla.

VIZC. ¿Compadecerla?... No... La pobreza de solemnidad inspira compasion, hasta respeto; la pobreza de levita no inspira más que risa. Pero te estoy entristeciendo, y no era ese mi objeto: hablemos de tí, de tu padre, á quien no perdonaré nunca que te prive de lucir tu belleza en el Prado, en una de esas lujosas carretelas, á cuyo estribo cabalgaba yo cuando tenia caballo.

VALENT. Este retiro es para mí más agradable... Mi padre no gusta del ruido ni de la ostentacion, y yo amo á mi padre más que á todo el mundo... ¿Qué quieres? Hasta en esa debilidad por el dinero que tanto le reprochas, he llegado yo á encontrar un placer.

VIZC. ¿Es posible?

VALENT. El corazon de las mujeres tiene recursos que los hombres no llegais á sospechar nunca. Ya sabes lo bueno que ha sido mi padre para conmigo. Yo era muy niña aun cuando perdí á mi madre, y él la reemplazó conmigo hasta mi entrada en el colegio; y no puedes figurarte con qué delicadeza, con qué ternura dirigia mis juegos, mis estudios, mis placeres de niña. El educaba á la vez mi corazon y mi inteligencia; y si no soy una mujer vulgar y estúpida, si tengo en cierto modo el sentimiento de lo bello y de lo justo, se lo debo á él y nada más que á él.

VIZC. Lo sé, pero sin embargo...

VALENT. Hay deudas de gratitud que no pueden pagarse sino muy difícilmente, y yo creo haber encontrado el medio de pagar la que tengo con mi padre, adulando hasta esas extravagancias de su carácter.

VIZC. ¿Adulándolas?

VALENT. Sí por cierto. Mi padre ama el dinero; su placer consiste en reunir todo el que puede, y gastar lo ménos posible; pues bien, yo me he puesto á la cabeza de su casa, y constituyéndome en su mayordomo, paso

mi vida haciendo combinaciones para disminuir el presupuesto.

VIZC. Es decir, haces lo contrario que casi todos los gobiernos.

VALENT. Precisamente.

VIZC. Pero esa existencia es insoportable, y tu resignacion me irrita y me admira al mismo tiempo... ¡Qué diablos! Tú no eres de mármol... Eres bonita, estás en edad de casarte, y has debido pensar más de una vez que un marido no podrá adivinar tu ignorada existencia y venir á descubrirte en tu rincon, como hizo Colon con el Nuevo Mundo.

VALENT. ¿Quién sabe?... ¿Por qué no ha de descubrirme?

VIZC. Sí, con tal de que haya quien le enseñe el camino, y de eso yo me encargo.

VALENT. ¿Qué dices?

VIZC. Nada... ¿Has visto ya á tu jóven vecino?...

VALENT. No sé de quién hablas.

VIZC. (Lo ha visto.) Fernando García, un jóven guapo, rico, muy rico, veintiseis años, ingeniero civil, y hombre de excelentes cualidades.

VALENT. Pues no lo he visto.

VIZC. Es raro, porque hace cuatro dias habita en su quinta, cuyo jardin linda con el vuestro.

VALENT. ¿Y vive ahí solo?

VIZC. Esperando á sus padres, que deben haber llegado esta mañana. El padre es un hombre honrado que ha ganado en el comercio sumas inmensas; y en cuanto á su mujer, una deliciosa jóven llena de caprichos que su marido se apresura á satisfacer.

VALENT. ¿Una deliciosa jóven que tiene un hijo de veintiseis años?

VIZC. No: Fernando no es su hijo, sino su hijastro; ella se casó hace pocos meses con el señor de García.

VALENT. Hace pocos meses. ¿Su nombre?

VIZC. Emilia Alvarez.

VALENT. ¿Emilia?

VIZC. Sí, Emilia... tu compañera de colegio.

VALENT. ¿Cómo?... ¿Sabes?...

VIZC. Fernando es mi mejor amigo, y su madre política

me ha hablado de tí muchas veces. Hoy debe el señor de García venir á visitar á tu padre, y mañana le presentaremos á su mujer y á Fernando, que me lo ha pedido con muchas instancias... ¿Digo algo?

VALENT. ¡Ricardo!...

VIZC. Bueno, bueno, mujer, no hay que apurarse por tan poco. Ya os conocereis, y... ya veremos... El es mi mejor amigo, y tú casi mi hermana; con que déjame hacer: el diablo me lleve si no me lo agradeceis algun dia.

VALENT. Papá viene.

ESCENA VIII.

DICHOS, MARQUES.

MARQ. ¿Tú aquí todavía?

VIZC. He distraido el apetito hablando con mi prima; pero con el permiso de ustedes me retiro. Hasta luégo, tio. Adios, Valentina. (Vase por el foro.)

VALENT. Yo voy á mi cuarto á ver los estambres que me ha traido Ricardo (Vase.)

ESCENA IX.

MARQUES, JUAN, á poco D. ANTONIO.

JUAN. Señor, un caballero desea ver á usted.

MARQ. ¿Su nombre?

ANT. (Entrando.) Antonio García para servir á Dios y al señor marqués de San Jorge...

MARQ. Beso á usted la mano. (Vase Juan á una seña del Marqués.)

ESCENA X.

El Marques, D. Antonio.

Ant. He llegado esta mañana á mi quinta, y con la franqueza que me caracteriza he querido, señor Marqués, venir á ofrecer á usted mis respetos en lugar de enviarle un frio recado de atencion que en el campo no me parece lo más conveniente.

Marq. Tenga usted la bondad de sentarse. (Se sientan.) Usted, segun creo, es el dueño de la quinta lindante con esta?

Ant. Precisamente: nuestras dos propiedades se hallan separadas tan sólo por un muro de zarzas y de cardos silvestres: por eso me he tomado la libertad...

Marq. Su visita de usted me honra, caballero.

Ant. Mil gracias, señor Marqués; yo soy el honrado, pues hace tiempo la fama me habia hecho conocer las bellas cualidades que á usted adornan.

Marq. ¿La fama?

Ant. La fama, bajo la forma de su sobrino de usted el señor vizconde de la Palma, íntimo amigo de mi hijo y mio, y que sin duda habrá hablado á usted de mí, pues así me lo tenia prometido.

Marq. Pues sin duda ha olvidado su promesa, porque no lo ha hecho.

Ant. Es mucha cabeza la suya. Cuando una de las razones que me han obligado á comprar mi quinta es la vecindad de usted, de cuyas dotes hace el Vizconde las ausencias que merecen.

Marq. Doy á usted mil gracias. (Me molestan los cumplidos de este hombre.)

Ant. (No hay medio de sacarle una palabra.) (Levantándose.) Tiene usted aquí una hermosa posesion. Todo respira en esta casa severidad y grandeza. Estos muebles antiguos, y las negras paredes del edificio, recuerdan sin querer los tiempos antiguos.

Marq. Esta vieja casa solariega forma seguramente un raro contraste con su quinta de usted.

ANT. ¡Oh! Mi pobre quinta, edificada hace pocos meses, no es más que un edificio bonito, algo reluciente...

MARQ. Como los doblones con que se ha hecho.

ANT. Miéntras esta casa tiene una hermosura grave...

MARQ. Como el pensamiento de sus primitivos dueños.

ANT. En efecto... Sin embargo, esto no deja de ser triste. Si al ménos se blanqueara la fachada...

MARQ. Usted vive del presente, señor de García; yo vivo del pasado. Usted es hombre de buena edad todavía; yo soy ya viejo: economizo mis ilusiones, y guardo el único tesoro de la vejez, los recuerdos.

ANT. Es exacto. Yo no tengo títulos de nobleza, señor marqués de San Jorge; mis blasones son una vida entera de honradez y de trabajo, y, sin embargo, no puedo ménos de recordar con orgullo que todo lo que soy me lo debo á mí mismo.

MARQ. No lo dudo. Su reputacion de usted es demasiado conocida para que no haya llegado hasta mí.

ANT. La empresa de mi escudo de comerciante, el axioma que me ha dado tan felices resultados, es el siguiente: «No faltar nunca á mi palabra, y no hacer nada por nada».

MARQ. Admirable sistema. Podria usted no ganar nada, pero tampoco se exponia á perder.

ANT. No hubiera faltado á él por nada del mundo: ni siquiera por mis esposas... Yo soy casado en segundas nupcias.

MARQ. Veo que no pierde usted el tiempo.

ANT. Ese es otro de mis axiomas. Decia á usted que estoy casado en segundas nupcias; pues aun permaneceria soltero si mis dos esposas no me hubiesen traido al matrimonio un millon de reales cada una, y eso que adoro á mi Emilia desde que la conocí.

MARQ. Felizmente ha podido llenar las condiciones del programa.

ANT. Nada por nada: es mi sistema.

MARQ. Y esa regla de conducta ¿no ha tenido excepcion?

ANT. Una solamente: Fernando.

MARQ. Su hijo de usted, sin duda.

ANT. Mi hijo... mi debilidad, mi orgullo... Su educacion

me ha costado tan cara, que no he tenido valor para pedirle nada.

MARQ. (Me disgusta este hombre.)

ANT. Pero me estoy aquí charla que te charla, sin pensar en que tal vez estoy molestando á usted, y debo retirarme. Abur, señor Marqués. Emilia, mi esposa, y su hija de usted son compañeras de colegio: ya procuraremos que se reunan, y pasaremos juntos una temporada deliciosa.

MARQ. Yo visito poco, y mi hija no sale nunca de casa; sin embargo, tendré el honor de ponerme á los piés de esa señora.

ANT. (¡Qué frialdad! Me incomoda el señor Marqués.) Beso á usted la mano.

MARQ. Estoy á la disposicion de usted, y esta casa...

ANT. Gracias. (Al ir á salir, encuentra al Vizconde que entra por el foro.)

ESCENA XI.

DICHOS, VIZCONDE.

VIZC. ¡Hola, señor de García!

ANT. Adios, Ricardo. ¿Espero que vendrá usted á visitarnos?

VIZC. Luégo iré á fumar un cigarro con Fernando.

ANT. Pues hasta luégo. Señor Marqués...

MARQ. Beso á usted la mano. (Vase D. Antonio.)

ESCENA XII.

MARQUES, VIZCONDE.

VIZC. (No sé qué noto en la cara de este hombre... Mucho me temo que mi tio haya hecho alguna de las suyas.)

MARQ. ¿Cómo no me has dicho ántes que conocias á mi nuevo vecino el señor de García?

VIZC. Ha sido una distraccion; pero nada hay perdido, puesto que usted acaba de conocerle.

MARQ. Sí le he conocido á él y á su sistema financiero. Nada por nada.

VIZC ¿Se lo ha explicado á usted?

MARQ. Detenidamente.

VIZC. Con todo, es un excelente hombre.

MARQ. No lo dudo; pero su modo de pensar me ha disgustado, y mi recibimiento no debe haberle sido muy agradable, por lo que creo que no repetirá mucho sus visitas.

VIZC. Pero tio, permítame usted que le diga que eso no tiene sentido comun.

MARQ. ¡Ricardo!

VIZC. La calificacion es dura, pero la sostengo. Viene á instalarse en la vecindad una familia honrada, rica, que puede hacer más agradables las larguísimas horas de esta soledad; llama á su puerta de usted, y usted le da con ella en las narices.

MARQ. Tengo mis razones...

VIZC. ¡Razones! ¡Razones!... ¿Quiere usted que yo se las diga?

MARQ. ¿Tú?

VIZC. ¿Quiere usted que le diga por qué desde hace diez años se encierra en esta soledad... por qué el marqués de San Jorge, heredero de un gran nombre y dueño de vastas posesiones, se reduce á vivir en un rincon como un vizconde arruinado?

MARQ. Y bien... ¿por qué?

VIZC. Porque usted no ama más que su dinero; porque usted, tio, ¿lo digo?... Voy á decirlo... porque usted es un avaro.

MARQ. (*Indignado.*) ¡Avaro! ¿Yo avaro?... ¿Y eres tú quien me acusa? (*Reponiéndose.*) ¡Y aunque eso fuera! ¿No soy yo dueño de disponer de mi fortuna como me acomode? Si yo experimento un goce singular en no malgastar mis rentas y en aumentarlas todos los años, ¿qué mal hay en ello?

VIZC. ¿Qué mal hay en ello?... Pues bien, ya que he empezado, acabaré de decirlo; y si usted luégo se incomoda conmigo, si me arroja de su casa, creeré haber hecho una buena accion, y mi conciencia estará tranquila; porque yo tambien tengo conciencia, tio; es una de las pocas cosas que me quedan. ¿Usted no

comprende que por satisfacer su sed de oro, sacrifica la felicidad de su hija?

MARQ. ¿De mi hija?

VIZC. Sí, de su hija de usted, de ese ángel que usted ha encerrado entre estas cuatro paredes, condenándola á morirse de fastidio, que es peor aun que morirse de hambre.

MARQ. Pero Valentina no se ha quejado nunca, y ántes al contrario me ha dicho muchas veces...

VIZC. Que es feliz; á mí tambien me lo decia hace poco.

MARQ. En ese caso...

VIZC. Le engaña á usted, y se engaña á sí misma...

MARQ. ¡Ah! Calla, calla. Cualquiera al oirte creeria que esta casa es un convento...

VIZC. Sí, un convento donde todo el año es cuaresma... Un claustro en que usted, por no darla dote, la condena al porvenir más desgraciado para una jóven, al de vestir imágenes... He dicho.

MARQ. ¡Ricardo!

VIZC. Puede usted incomodarse cuanto quiera. Yo no me he de apurar por tan poca cosa; si me echa usted de su casa, le escribiré diariamente una carta poniéndolo de vuelta y media, hasta que consiga que lleve usted á Madrid á mi prima y que la busque un marido; porque, créame usted, tio, un marido es un artículo de primera necesidad para las mujeres jóvenes. Creo que mi elocuencia le habrá á usted convencido.

MARQ. Sí, me ha convencido de que no hay nada más tonto que dar consejos á quien ni los necesita, ni los pide. Yo no los doy nunca.

VIZC. Por no dar nada.

MARQ. Corriente.

VIZC. Es decir que he perdido el tiempo, y que mi razonamiento, que en el Congreso me hubiera valido una reputacion y quizá una cartera...

MARQ. A mí me ha parecido una solemne tontería.

VIZC. Usted me adula, tio. Es usted muy amable...

MARQ. Lo que yo soy es el padre de mi hija, y dispondré de su porvenir como crea conveniente.

VIZC. Pero eso es una tiranía, y ahora que dicen que tene-

mos un gobierno liberal, es un contrasentido. Felizmente usted no podrá ahogar la voz del corazon de Valentina, y esa voz hablará, á pesar de usted y con más elocuencia que yo, y eso que en la discusion de hoy no podrá ménos de confesarse que me he portado.

MARQ. Valentina no verá á nadie.

VIZC. El amor no es nadie. Los grillos y los cerrojos son contra él precauciones inútiles: si se le cierra la puerta, entra por la ventana. Créame usted, tio: no hay conjuro contra el demonio como la bendicion del cura y la epístola de San Pablo. Por lo demas, á pesar de todas las precauciones, cuando llegue el momento, el niño vendado caerá, no á los piés de usted, sino á los de su hija, como llovido del cielo. (Se oye un tiro.)

MARQ. ¿Que es eso?...

VIZC. Que tal vez ha cambiado el carcax por la escopeta, y las flechas por perdigones.

ESCENA XIII.

DICHOS, VALENTINA, MARIA y JUAN.

VALENT. ¿Ha oido usted, papá?

MARQ. Ese tiro ha sonado en la huerta. ¿Quién ha tirado, María?

MARIA. No lo sé: yo estaba en el patio.

MARQ. (A Juan.) ¿Y tú?

JUAN. Yo tampoco sé nada. He oido el tiro, y he echado á correr hácia la casa.

MARQ. ¿Pero no has visto á nadie?

JUAN. A nadie.

ESCENA XIV.

DICHOS, FERNANDO con avíos de caza y una liebre muerta en la mano.

VIZC. (¡El!)

FERN. Ruego á usted me dispense, señor Marqués, si me presento en este sitio á disculparme de una falta que acabo de cometer.

VIZC. (No es mal cazador.)

FERN. Perseguia hace poco una liebre en la huerta de mi padre, y el ardor de la caza me ha hecho traspasar los límites de su posesion de usted, donde he hecho esta víctima.

MARQ. ¿Podré saber, caballero, á quién tengo el honor de hablar?

VIZC. A mi amigo don Fernando García, hijo de don Antonio García, á quien usted ya conoce.

FERN. Que ruega á usted le dispense por haber turbado tan bruscamente la tranquilidad de su casa.

MARQ. Está usted dispensado, caballero... Juan, lleva esa pieza á casa del señor don Fernando.

JUAN. (Tomando la liebre.) (El diablo me lleve si esta liebre no está muerta hace dos dias.)

FERN. (Saludando.) ¡Señor Marqués!... ¡Señorita!...

MARQ. Beso á usted la mano.

VIZC. (Bajo á Fernando.) ¿Cómo la encuentras?

FERN. (Bajo al Vizconde.) Encantadora. Adios, Ricardo.

VIZC. Hasta luégo. (Vanse Fernando, María y Juan.) Es un jóven muy simpático, ¿no es verdad?

MARQ. Sí...

VIZC. (A Valentina.) ¿Y tú, no opinas lo mismo?

VALENT. Sí por cierto.

VIZC. (Hé aquí un tiro en que no ha perdido la carga mi amigo Fernando.)

MARQ. ¿Qué murmuras?

VIZC. Nada, recordaba el antiguo refran que dice: «Donde ménos se piensa salta la liebre».

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el jardin de la casa del marqués de San Jorge. A la derecha la fachada de la casa con puerta practicable. Bancos rústicos, sillas de hierro.

ESCENA PRIMERA.

VIZCONDE, entrando misteriosamente.

Mi tio debe estar en el pueblo; Valentina estará aun en su tocador, y yo aquí oculto en las sombras puedo continuar mi conspiracion amorosa, que por más señas va bastante mal. Yo creia que no habia más que acercar el uno al otro, para que se pusieran de acuerdo, y llevarlos al altar en las barbas de mi tio... ¡Buenas y gordas!... Fernando es tonto: empieza por matar aquella famosa liebre que fué un buen golpe; y cuando yo creia que iba á poner á Valentina un sitio en toda regla, se contenta con saludarla tímidamente y á larga distancia, y suspirar de cuando en cuando como los pastores de la Arcadia. En cuanto á ella... ella es de estuco... Yo he escrito en estos árboles su nombre en variedad de caractéres y en sitios bien visibles, la he dirigido tres elegías anónimas capaces de conmover á las piedras, y un soneto incendiario firmado con una F., sin contar con que he arrojado por la ventana de su gabinete más de diez ramos de flores... Nada... Yo decia: ella

va á incomodarse, á pedirle explicaciones; él no comprenderá nada; ella le llamará hipócrita, y él y ella acabarán por entenderse... Un plan magnífico: no es por alabarme, pues hasta ahora no se han cruzado entre los dos más frases que las sacramentales de «A los piés de usted,» «Beso á usted la mano;» y lo que es así no creo que nadie llegue á casarse, y yo me he propuesto nada ménos que hacer que se adoren, es decir, que ella le adore, porque lo que es él está enamorado hasta la médula de los huesos. Sólo por ver rabiar á mi tio me alegraría de obtener la victoria... ¡Oh qué idea!... Decididamente soy un hombre de talento... Valentina es orgullosa, altiva; la menor falta de delicadeza la subleva... Tengo mi plan... Esto es un poco atrevido, un poco inconveniente, pero no importa... (Saca un bolsillo pequeño.) ¡Doscientos reales, fruto amargo de mis economías!... Valor. (Saca una cartera de la que arranca una hoja y escribe en ella con lápiz.) Me gustaria ver el efecto que la hace esta galanteria... Ella viene. (Mete el papel en el bolsillo y lo deja sobre un banco, ocultándose detras de un árbol.)

ESCENA II.

VALENTINA, VIZCONDE.

VALENT. No he recibido hoy ni versos ni flores, y lo extraño y no sé si lo siento... (Reparando en el bolsillo.) ¡Ah!... ¿Qué es esto?... Un bolsillo. (Lo toma, saca el papel que metió en él el Vizconde, y lee.) «Para los pobres.» ¡Qué audacia!... ¡Qué grosería!...

VIZC. (Creo que el bolsillo ha hecho efecto.)

VALENT. ¡Dinero!

VIZC. (¿Y soy yo quien lo ha discurrido? Me admiro á mi mismo.) (El Vizconde sale, y despues de toser para llamar la atencion de Valentina, se acerca á ella.)

VALENT. ¡Ricardo! (Oculta el bolsillo.)

VIZC. ¿Cómo estás, prima mia?...

VALENT. Bien... gracias.

VIZC. (Está incomodada.) Te encuentro pensativa, triste...

VALENT. No lo creas.

VIZC. ¿Tenemos secretos?

VALENT. ¿Vienes hoy de broma?

VIZC. ¿A que no aciertas á quién acabo de encontrar?

VALENT. ¿A quién?

VIZC. A mi amigo Fernando.

VALENT. (Con aire indiferente.) ¡Ah!

VIZC. Me ha dicho que luégo vendria á visitarte con su madrastra.

VALENT. ¿No es verdad que Emilia es una mujer encantadora?

VIZC. Mucho. Pero Fernando...

VALENT. ¿Es muy amigo tuyo?

VIZC. Y estoy orgulloso de ello. Es verdad que no es más que el hijo de un comerciante; pero yo no soy de los que desdeñan á esa raza de jóvenes llenos de instruccion y de talento, que constituyen la fuerza y el poder de las naciones, y que hacen muchas veces hasta su gloria. Si yo, en lugar de malgastar mi tiempo y mi dinero en bailes, teatros y francachelas, lo hubiese empleado en el estudio, no seria hoy el más arruinado de los vizcondes...

VALENT. ¿De los vizcondes arruinados?

VIZC. Se entiende. Hoy seria solicitado por todas las muchachas casaderas, haria una boda brillante, y seria un hombre formal que serviria de algo en el mundo.

VALENT. ¿Como Fernando?

VIZC. Sí, como Fernando, á quien su instruccion y su carrera no le impiden ser en sociedad el hombre más agradable del mundo.

VALENT. ¿Esas tenemos?

VIZC. En primer lugar es un músico consumado; toca el piano como Litz, y canta como la Patti, si la Patti tuviera voz de barítono.

VALENT. Se me figura que exageras un poco sus talentos filarmónicos.

VIZC. Ademas es poeta. Pero ¡gran poeta! Monta á caballo, pinta al óleo...

VALENT. Bien, bien, estoy enterada, y doy por supuesto que el señor don Fernando García toca el piano como Litz,

escribe versos como Fernandez y Gonzalez, pinta como Gisbert, y monta á caballo como Ciniselli; es lástima que todas estas cualidades no vayan acompañadas de un poco más de comedimiento, y hasta de buena educacion...

VIZC. (Esto marcha.) ¿Cómo, Valentina?...

VALENT. Tengo mis razones para expresarme de este modo.

VIZC. ¿Acaso Fernando ha faltado á los miramientos?...

VALENT. No.

VIZC. Es que yo no lo sufriria.

VALENT. Si ese caballero hubiese olvidado conmigo lo que se debe á una señora, yo se lo hubiera recordado.

ESCENA III.

DICHOS, FERNANDO.

FERN. (Saludando al entrar.) ¡Señorita!... ¡Ricardo!... Me he adelantado para anunciar á usted la visita de mi madre.

VALENT. Yo quiero adelantarme á recibirla, pero ántes deseo hacer á usted una súplica. (El Vizconde pasea con afectada distraccion, aunque prestando alguna atencion al diálogo.)

FERN. ¿Una súplica?

VALENT. Sí, deseo suplicar á usted que devuelva este bolsillo á su dueño. (Dándole el bolsillo.)

FERN. (Con el bolsillo en la mano y el aspecto más asombrado posible.) ¿Este bolsillo?

VIZC. (Ya pareció aquello.)

VALENT. Dé usted las gracias en mi nombre á la persona caritativa que me lo ha remitido, y adviértala usted para en adelante que yo, cuando quiero hacer limosnas, las hago con mi dinero.

FERN. Pero, señorita, no entiendo una palabra...

VALENT. Pues es bastante extraño, caballero. Yo hubiera podido perdonar el envio de sus flores...

FERN. ¿De mis flores?...

VALENT. Y aun sus versos, por malos que fueran.

FERN. ¿De mis versos?...

VALENT. No todo el que quiere es poeta.
VIZC. (¡Cómo te tratan, pobre musa mia!)
FERN. Juro á usted, señorita...
VALENT. No hablemos más de este asunto... voy á recibir á Emilia. (Saluda y vase por la izquierda.)

ESCENA IV.

FERNANDO, el VIZCONDE.

FERN. (Enseñando el bolsillo al Vizconde.) ¿Qué quiere decir esto?...
VIZC. ¡Cómo!... ¿Realmente no es tuyo?...
FERN. ¿Y has podido creerlo?... Yo nunca me hubiera permitido semejante inconveniencia.
VIZC. En ese caso, aquí hay un misterio que importa descubrir.
FERN. Ciertamente.
VIZC. Sospechar que ese árbol produce doblones, es un disparate; creer que el bolsillo haya caido del cielo, no me parece tampoco muy razonable: luego tendremos que convenir en que ha sido dejado en ese banco por un hombre que, no contento con asaltar la posesion de mi tio, se atreve á dirigirse á mi prima con flores y versitos.
FERN. ¡Oh! Yo le mataré.
VIZC. Eso es, le mataremos.
FERN. No, morirá á mis manos.
VIZC. Yo le odio.
FERN. Yo le execro, yo le execro á ese rival incógnito.
VIZC. ¿Cómo rival?... ¿Amas tú á mi prima?
FERN. ¡Ricardo!...
VIZC. ¿La amas?
FERN. Sí, la amo, la adoro con toda mi alma; desde que la ví por la primera vez, su memoria quedó grabada en mi mente y su imágen en mi corazon; la amo, pero con un amor tan puro, tan respetuoso, que no sé si tendré alguna vez valor para decírselo.
VIZC. (Este chico es tonto.)
FERN. Por consiguiente es preciso que yo descubra á mi rival, y cuento contigo para que me ayudes.

VIZC. Con mucho gusto.

FERN. Y espero probarte entónces que tengo más serenidad delante de una espada que delante de una mujer hermosa.

VIZC. Tu rival no está léjos de este sitio.

FERN. ¿Le conoces?

VIZC. Sí.

FERN. ¿Su nombre?

VIZC. ¿Su nombre?... (Alargando la mano.) Devuélveme mi bolsillo.

FERN. ¿Qué dices?

VIZC. La bolsa ó la vida. Tu rival soy yo.

FERN. ¿Tú?

VIZC. ¿Qué te extraña?

FERN. ¿Amas tú á Valentina?

VIZC. ¿Qué, tienes tú el privilegio exclusivo de encontrarla hermosa?... Las mujeres bonitas lo son para todo el mundo; y si quieres ser justo y razonable, no podrás ménos de confesar que yo seria un estúpido si dejara salir de la familia tesoro que tanto vale... Ahí es nada, una muchacha que tiene unos ojos... ¡y unos olivares en Andalucía!...

FERN. Caballero, su conducta de usted para conmigo es inexplicable...

VIZC. (Ya me habla de usted.) ¿Inexplicable?...

FERN. Usted tiene efectivamente el derecho de enamorarse de Valentina, de casarse con ella si es correspondido; pero lo que usted no tenia derecho para hacer, es atraerme á esta casa, tenderme un lazo, hacerme concebir esperanzas irrealizables, y abusar en fin de mi persona y de mi nombre para ocultar sus proyectos... Esta conducta, señor vizconde de la Palma, es propia solamente de un miserable, y yo no la dejaré sin castigo.

VIZC. (Quiere atravesarme de una estocada.) Caballero...

FERN. Mantengo lo dicho, y estoy á la disposicion de usted.

VIZC. ¡Ja, ja, ja!...

FERN. ¿Qué es eso?...

VIZC. ¡Ja, ja!... Eres un niño.

FERN. ¿Qué quiere usted decir?

VIZC. Chico, qué feo te pones cuando te incomodas... Mírame bien, Fernando... ¿te parece á tí que tengo yo cara de enamorado?

FERN. ¡Cómo! ¿No eres mi rival en efecto?

VIZC. Ni tuyo, ni de nadie; pero sobre todo tuyo... No, yo quiero demasiado á mi prima, para hacer su desgracia... Ademas no tengo una peseta, y el matrimonio es para mí demasiado caro.

FERN. ¿Pero esos versos, esas flores, este bolsillo?

VIZC. Devuélvemelo, que doscientos reales no son de perder, y por otra parte su mision está cumplida. Esos versos, esas flores, este bolsillo, todo era mio, todo ha sido confeccionado y dirigido por mí, que trabajaba por tu cuenta; sabia que amabas á mi prima, y necesitaba provocar una explicacion entre vosotros; la mina ha estallado: está dado el primer paso... A tí te toca hacer el resto...

FERN. ¡Ah!... ¿Cómo agradecerte tanta amistad?...

VIZC. Nombrándome padrino del primer chiquitin.

FERN. Silencio.

ESCENA V.

DICHOS, VALENTINA, EMILIA.

VIZC. (Adelantándose á saludar á Emilia.) ¡Señora!...

EMILIA. (Dándole la mano.) Adios, Vizconde.

VIZC. (Acercándose á hablar á Emilia miéntras Fernando sostiene con Valentina un diálogo animado.) Señora, acabo de confesar á Fernando.

EMILIA. ¿Y qué?

VIZC. La ama.

EMILIA. ¿Y Valentina?

VIZC. Ha cerrado su corazon, y ha escondido la llave.

EMILIA. Déjenme ustedes sola con ella, y yo procuraré encontrarla. (Continúan hablando en voz baja.)

FERN. (A Valentina.) Señorita, juro á usted por mi honor de caballero que ese bolsillo no era mio.

VALENT. Será forzoso creer á usted.

FERN. Es un favor que agradeceré miéntras viva. (Continúan en voz baja.)

EMILIA. Ya conoce usted á mi marido.

VIZC. «Nada por nada.» Es su sistema, que me ha explicado y aun aplicado repetidas veces.

EMILIA. Pero con tal de que el Marqués la dé alguna cosa, yo me prometo convencer á García.

VIZC. Y yo á mi tio, aunque para atraparle algunas peluconas me vea obligado á cargarle á la bayoneta.

EMILIA. Pues voy á explorar el corazon de Valentina. Llévese usted á Fernando.

VIZC. Fernando, ven á dar conmigo un paseo por la huerta, y fumaremos un cigarro.

FERN. Como gustes.

VIZC. Vamos.

FERN. Hasta luégo, señorita. (Vanse el Vizconde y Fernando.)

ESCENA VI.

VALENTINA, EMILIA.

VALENT. Permíteme que te felicite por tu traje. Es elegantísimo.

EMILIA. Fernando lo excogió, y me lo regaló el dia de mi santo.

VALENT. Es de muy buen gusto.

EMILIA. Fernando lo tiene excelente, y yo no compro jamas nada sin consultarle... Hace algunos meses que vivimos en la mejor armonía.

VALENT. ¿Es decir que ántes?...

EMILIA. En los primeros meses de mi matrimonio, nos tratamos con ceremoniosa frialdad... Ya sabes que las madrastras no somos bien recibidas en ninguna casa... Y sobre todo una madrastra de veinte años, no puede esperar gran cordialidad de un hijastro mayor que ella. Yo, sin embargo, me propuse conquistar al mio, y á fuerza de ingenio lo he conseguido.

VALENT. La victoria, con todo, no debe haber sido fácil.

EMILIA. No por cierto. Pero por fin, á fuerza de cuidados y atenciones, he conseguido vencerle; y ahora, para acabar dignamente su conquista, creo que sólo necesito contribuir en algun modo á proporcionarle una felicidad más positiva.

VALENT. Eso acaso te será más difícil.

EMILIA. Y sin embargo, creo haber encontrado el medio de hacerle completamente feliz.

VALENT. ¿Cómo?

EMILIA. Casándole.

VALENT. Siempre que la persona elegida sea de su gusto...

EMILIA. Sin duda alguna

VALENT. ¿Y tienes ya hecha la eleccion?

EMILIA. Sí: una muchacha preciosa, y cuya conducta de hija garantiza la de esposa... sin embargo, temo encontrar algun obstáculo...

VALENT. ¿Y por qué?

EMILIA. Ella es noble, y él no tiene pergaminos.

VALENT. Eso en el dia nada significa.

EMILIA. Tienes razon; y si el amor me ayudara un poco en mi empresa, casi estaria segura de salir airosa.

VALENT. Puedes averiguarlo.

EMILIA. Se me olvidaba decirte su nombre: se llama Valentina, y es hija única del señor marqués de San Jorge.

VALENT. ¡Calla!... ¡Calla!...

EMILIA. Callaré si tú hablas para decirme que debo dar una esperanza á Fernando.

VALENT. Pero yo no sé si él me ama...

EMILIA. Apasionadamente... ¿Callas todavía?

VALENT. (Abrazando á Emilia.) ¡Qué buena eres!

EMILIA. (Le ama.)

ESCENA VII.

DICHAS, VIZCONDE.

VIZC. ¿Abrazo tenemos?... Es decir que todo marcha á las mil maravillas.

EMILIA. Admirablemente. Sólo nos falta obtener el consentimiento del Marqués.

VIZC. Y de eso yo me encargo... Nada, yo daré la batalla, y usaré hasta la artillería rayada de mis insolencias para obtener la victoria.

VALENT. ¡Cómo, Ricardo! ¿Tú sabias?...

VIZC. Todo... Pero ahí viene tu padre. No conviene que nos vea juntos.

EMILIA. Es cierto... Ve á tu cuarto á mudarte de traje, é iremos á dar un paseo por el campo.

VALENT. No me haré esperar mucho. (Vase.)

ESCENA VIII.

EMILIA, el VIZCONDE, el MARQUES.

VIZC. Gracias á Dios que llega usted, mi querido tio; pues durante su ausencia he tenido que hacer los honores da la casa, y temo haber cometido alguna torpeza.

MARQ. (A Emilia con frialdad.) Dispense usted, señora, si un negocio urgente me ha retenido en el pueblo más tiempo del que pensaba... (Siempre aquí esta gente.) (Al Vizconde.) ¿Y Valentina?

EMILIA. Se está vistiendo, porque con el permiso de usted quiero robársela por un par de horas para dar un paseo por los alrededores del pueblo.

MARQ. Doy á usted mil gracias, señora.

EMILIA. (¡Qué frialdad!) Miéntras Valentina acaba de arreglarse, voy á pasar á mi casa á mandar que dispongan un carruaje... (Bajo al Vizconde.) Le dejo á usted libre el campo. (Saluda y vase.)

ESCENA IX.

MARQUES, VIZCONDE.

MARQ. Es decir que esta familia ha tomado mi casa por asalto, y la trata como tierra conquistada... No entro ni salgo una sola vez en ella sin encontrarme con alguno de estos señores. Cuando no es el padre, es la mujer ó el hijo...

VIZC. Les hacen á ustedes compañía: ¿qué más quiere usted?...
MARQ. Quiero que sus visitas no sean tan frecuentes
VIZC. ¿Les acusará usted porque gustan de su trato?
MARQ. Mi trato es el de un hombre que vive modestamente en su rincon, y que no desea la intimidad de una familia cuyas costumbres distan mucho de las suyas. Esas gentes viven con todo el esplendor del lujo y de la fortuna, y el espectáculo de esa riqueza que se ha entrado hace quince dias por las puertas de mi casa, podria despertar en mi hija ideas de prodigalidad y de fausto que ni puede ni debe tener.
VIZC. Es usted el hombre más antisocial que se conoce.
MARQ. Soy lo que me acomoda; y puesto que es á tí á quien debo la intimidad de esos señores, espero que harás cesar un estado de cosas que me disgusta.
VIZC. (En buena ocasion iba yo á hacerle mi demanda.)

ESCENA X.

DICHOS, VALENTINA.

VALENT. Buenos dias, papá.
MARQ. Muy felices, hija mia... ¿Qué es lo que me annncia ese traje?
VALENT. Perdone usted, papá, si he aceptado una invitacion de Emilia para dar un paseo, sin contar con usted.
MARQ. Valentina, tengo que hablarte muy seriamente.
VALENT. Ya escucho á usted.
MARQ. Emilia te quiere mucho, es una verdadera amiga tuya, estoy convencido de ello; es ademas una mujer muy agrabable, no puedo ménos de confesarlo; pero su manera de vivir y su gusto por los placeres dispendiosos, no pueden ménos de ser para tí un peligro, que espero encontrarás muy natural trate de conjurar.
VALENT. ¿Qué quiere usted decir?
MARQ. Sé que voy á darte un disgusto, y esta idea sola me lo causa á mí tambien; pero es necesario á nuestra tranquilidad que terminen estas relaciones, y que no vuelvas á ver á tu amiga Emilia.

VALENT. (¡Dios mio!)
MARQ. Por consiguiente creo inútil que la acompañes al paseo que proyecta.
VIZC. Pido la palabra.
MARQ. Te la niego.
VIZC. Muchas gracias.
VALENT. Pero papá, yo he dado mi palabra.
VIZC. Justamente, mi prima ha dado su palabra.
MARQ. ¿Quieres hacerme el favor de callar?... (A Valentina.) Yo te libraré del compromiso que dices has contraido. (Llamando.) ¡María!

ESCENA XI.

DICHOS, MARÍA.

MARIA. ¿Señor Marqués?...
MARQ. Cuando venga la señora de García, la dirás que no estamos en casa.
MARIA. Está muy bien.
MARQ. Y siempre que vuelva esa señora ó alguno de su familia, dirás lo mismo.
VIZC. ¡Pero tio!...
MARQ. ¡Pero sobrino!... Te ruego que te calles.
MARIA. Justamente aquí viene. (María se retira al segundo término.)
MARQ. Pues haz lo que te he dicho.
VALENT. Papa, perdóneme usted si le hago una observacion: hacer decir eso á mi amiga por boca de una criada, me parece un poco violento.
MARQ. Es verdad... Yo mismo...
VALENT. Iba á rogar á usted me encargase de esa comision... Soy amiga de Emilia, y la haré comprenderlo todo sin herir su amor propio.
MARQ. Como quieras. Vamos, Ricardo. Ven tú, María. (Valentina se quita el sombrero y se lo da á María.)
VIZC. Señor tio, esta es una tiranía insoportable. (Vanse el Marqués, el Vizconde y María.)

ESCENA XII.

VALENTINA, EMILIA.

EMILIA. ¿Qué veo?... ¿No tienes aun puesto tu sombrero?... ¡Y Fernando que nos está esperando en el carruaje! A propósito, tengo que darte una buena noticia: miéntras enganchaban los caballos, he roto las hostilidades contra mi marido, que se ha rendido á discrecion á los primeros disparos... En la primera ocasion, que procuraremos prensentársela cuanto ántes, hablará á tu padre y se creerá dichoso en poder llamarte su hija.
VALENT. (Me falta valor para oirla.)
EMILIA. Pero... ¿qué tienes?... ¡Te quedas tan parada!...
VALENT. No tengo nada.
EMILIA. ¿No tienes nada y se te están saltando las lágrimas?
VALENT. No lo creas.
EMILIA. Pues vamos, y el paseo logrará distraer tu imaginacion... Ve por tu sombrero.
VALENT. Gracias, Emilia.
EMILIA. Vamos, anda por tu sombrero.
VALENT. Es inútil, Emilia.
EMILIA. ¡Inútil!
VALENT. No puedo acompañarte.
EMILIA. ¿Y por qué?
VALENT. No tengo gana de salir.
EMILIA. ¿Te lo ha prohibido el Marqués?
VALENT. No.
EMILIA. Entónces...
VALENT. Soy yo.
EMILIA. ¿Tú?
VALENT. Sí, yo creo más conveniente...
EMILIA. Comprendo. ¿Quieres que tu padre sepa el estado de tu corazon ántes de pasear acompañada de Fernando?
VALENT. Sí, eso mismo.
EMILIA. No puedo ménos de aprobarlo, por más que lo sienta. ¿Cuándo nos veremos?
VALENT. ¿Cuándo?...

EMILIA. Esta noche... podemos improvisar un pequeño concierto...
VALENT. ¡Oh!... No... Aquí no.
EMILIA. Entónces, en mi casa.
VALENT. No, tampoco.
EMILIA. Estaremos solos.
VALENT. Es imposible.
EMILIA. Entónces nos veremos mañana.
VALENT. ¿No ves que me estoy ahogando?
EMILIA. Pero ¿qué sucede?
VALENT. Ni esta noche, ni mañana, ni nunca.
EMILIA. ¡Valentina!
VALENT. Todo ha concluido, Emilia. No debemos vernos más.
EMILIA. ¡Estás loca!
VALENT. Déjame sola, y compadéceme si eres mi amiga...
EMILIA. ¿Me echas de tu casa?
VALENT. (Abrazándola.) ¡Emilia!... Adios, adios... (Se desase de los brazos de Emilia y trata de huir hácia su casa; pero ántes de llegar le faltan las fuerzas y cae desmayada sobre un banco.)
EMILIA. (Acudiendo al socorro de Valentina.) ¡Valentina! ¡Valentina!... Sus manos están heladas... ¡Socorro!... ¡Socorro!...

ESCENA XIII.

DICHAS, el MARQUES, el VIZCONDE, MARIA.

MARQ. Valentina... ¡Hija mia!...
EMILIA. (Sacando un pomo de esencias.) Acaso aspirando estas esencias...
MARQ. Gracias, señora, gracias.
VIZC. (Y pensar que de todo tiene la culpa mi señor tio.)
VALENT. ¡Ah!...
MARQ. Vuelve en sí.
VALENT. ¡Padre mio! (Volviendo.)
MARQ. Sí, tu padre, tu desgraciado padre que te quiere más que nunca.
VIZC. (Ya se conoce.)

VALENT. ¡Emilia!... ¿No es esto un sueño? (Oculta la cabeza entre las manos, y solloza fuertemente.)

EMILIA. (Al Marqués que quiere acudir de nuevo á Valentina.) Déjela usted llorar. Y ahora que mi presencia es aquí completamente inútil, me retiro.

MARQ. No, quédese usted, señora, yo se lo ruego.

VALENT. (Con alegría.) (¡Ah!)

VIZC. Felizmente la crísis ha pasado: ahora la distraccion y el aire libre harán lo demas.

MARQ. (A Emilia.) Señora, usted habia invitado á mi hija para dar un paseo... ¿Quiere usted hacerme el favor de acompañarla?...

EMILIA. Con mucho gusto.

VIZC. Vamos, ¿qué haces tú ahí? Ve á traer el sombrero de la señorita... (Vase María, que vuelve en seguida con el sombrero de Valentina.)

MARQ. Aun tengo que pedir á usted otro favor: ¿quiere usted hacerme el honor de venir mañana á comer con nosotros, y de invitar en mi nombre al señor de García y á su hijo?... Yo no pretendo devolver á ustedes la brillante fiesta con que nos obsequiaron dias pasados; pero me creeré dichoso al ver á ustedes compartir conmigo mi pobre mesa...

EMILIA. Tanto mi marido y su hijo, como yo misma, tendremos mucho gusto en aceptar esa invitacion.

MARQ. Gracias, señora...

VALENT. (Abrazando al Marqués.) ¡Padre mio!

MARQ. ¡Hija de mi alma!...

VIZC. Ea, al paseo... Yo me quedo aquí con mi tio, y aprovecharé la ocasion para romper el fuego.

EMILIA. Vamos. (Valentina se pone el sombrero.) No nos alejaremos mucho, y ántes de un cuarto de hora estaremos de vuelta. (Vanse Valentina y Emilia.)

ESCENA XIV.

El MARQUES, el VIZCONDE.

MARQ. (Hablando consigo mismo.) ¡Hubiera yo sido tan feliz en proporcionarla una vida llena de placeres y alegría!

VIZC. Muy bien, tio; yo soy justo con todo el mundo, y su conducta de usted en esta ocasion ha sido heróica, estupenda, piramidal.

MARQ. ¿Lo que apénas comprendo es que el separarse de una amiga de colegio á quien no se ha visto en tres años, produzca tanta impresion?

VIZC. ¡Ja, ja, ja! Tio... ¿pero usted cree de buena fe que todo eso ha sido por Emilia?

MARQ. ¿Por quién, entónces?

VIZC. ¿Por quién?... ¿Recuerda usted lo que yo le decia hace quince dias á propósito de mi prima?

MARQ. ¿Y qué?

VIZC. He sido profeta, tio... El amor ha caido desde las nubes á los piés de Valentina, bajo la forma de mi amigo Fernando.

MARQ. ¿Ama á mi hija?

VIZC. La adora, y su boda es asunto concluido á poco que usted consienta.

MARQ. ¿Qué estás diciendo?

VIZC. Que he obtenido una victoria completa: porque esos amores, ese ventajoso matrimonio, es todo obra mia... Vamos, ¿no me abraza usted, tio?... ¿No me abraza usted hasta ahogarme?...

MARQ. Hago más que abrazarte: te admiro.

VIZC. Admíreme usted, tio, admíreme usted si eso le complace... Yo he conducido los hilos de esta trama, avivando el amor de los dos tórtolos, explotando hábilmente los de la familia de Fernando de que éste lleve un título ilustre, deseos muy naturales por otra parte, y la satisfaccion de Emilia en formar parte de la familia de su amiga y en contribuir á la dicha de su hijo político... Imposible me seria referir á usted todos los recursos de que me he valido, todos los medios que he usado...

MARQ. Y todas las cosas sagradas de que hás abusado, empezando por mi confianza... ¿No es esto?

VIZC. ¡Tio! (Es indispensable usar los cañones rayados.)

MARQ. Despues de todo, un avaro no es un padre, ni un pariente, ni siquiera un hombre. Se abusa de su bondad para alterar el órden de su casa, para introducir

en ella una familia cualquiera y comprometer su nombre en un bodorrio denigrante... Pero... ¿Qué importa?... Es un avaro... Pues bien, señor vizconde de la Palma, se ha engañado usted torpemente; ese avaro conserva por fortuna el respeto de sí mismo, el pudor de la sangre que corre por sus venas; se acuerda, en fin, de que es el marqués de San Jorge, y está dispuesto á hacer respetar este título que ha sido el orgullo de cien generaciones.

VIZC. Usted me acusa, tio...

MARQ. No quiero oir sus excusas de usted. Yo tengo mis derechos de padre, y los revindico; hé aquí todo... A mí y sólo á mí corresponde pensar en el porvenir de mi hija y disponer de su mano; y cuando yo lo haya hecho, espero que mi sobrino, el señor vizconde de la Palma, no podrá acusar á su tio de lo que su tio le acusa á él en este momento: de haber puesto en venta su nombre y el porvenir de Valentina.

VIZC. (¡Diablo! Creo que la artillería rayada está de su parte). No se hable más de ello. Yo creí que mi proyecto nada tenia de descabellado... Un muchacho hijo de una familia honrada...

MARQ. Excelente, no lo niego.

VIZC. Capaz de hacer la felicidad de cualquiera mujer; dueño de una gran fortuna, pues ademas de su sueldo posee un millon en metálico, procedente de la legítima de su madre...

MARQ. ¿Un millon?...

VIZC. Y usted que me dice á todas horas que Valentina es pobre (para el tonto que te crea), no sé con qué derecho se opone á un casamiento que le proporcionaria la felicidad y la riqueza.

MARQ. En esa parte no te falta razon.

VIZC. (He dado en el flaco.)

MARQ. Pero ya conoces el lema del señor de García: «Nada por nada;» y si, segun él me ha dicho repetidas veces, no se hubiera casado con su esposa á no tener un millon de dote, ¿quién sabe las exigencias que tendrá para la que haya de ser esposa de su hijo?

VIZC. No lo crea usted: Fernando es su debilidad, y con tal de que Valentina lleve algo, casi nada, una apariencia de dote... pero en fin, puesto que usted no quiere...

MARQ. Yo te diré... casi nada es algunas veces mucho...

VIZC. Yo me hubiera comprometido á hacer que fuese usted quien fijase el dote de su hija...

MARQ. Pero vamos á cuentas... ¿Tú crees que él la ama?

VIZC. Con toda su alma...

MARQ. ¿Y que el padre se contentará con un dote modesto?...

VIZC. Yo respondo de todo.

MARQ. (Mis bienes libres, valen todavía algo...)

VIZC. (Ya está echando cuentas.)

MARQ. (Malo habia de ser que no se encontrara... Ademas, mi nombre es un dote... Yo elevo hasta mí á esas gentes, y ellos aseguran el bienestar de mi hija. Esto se ve todos los dias.) Dime, Ricardo, ¿te interesa mucho ese matrimonio?

VIZC. Como que es mi obra, querido tio, mi obra diplomática.

MARQ. Pues volveremos á hablar de él esta tarde.

VIZC. ¡Victoria!

NOT. (Entrando.) ¡Señor Marqués!...

MARQ. Amigo mio, soy con usted al momento. (Al Vizconde.) Es mi notario... déjame solo con él, y ve á reunirte con Emilia y Valentina, y procura traértelas. Entónces conocerás mi resolucion definitiva. (Vase el Vizconde.)

ESCENA XV.

El MARQUÉS, el NOTARIO.

NOT. Siento haber venido á molestar á usted, señor Marqués.

MARQ. Nada de eso, tome usted asiento. (Se sientan en un banco.) ¿Qué tenemos?

NOT. Vengo á traer á usted nota de las últimas operaciones hechas en su nombre. (Le entrega unos papeles.)

MARQ. Muchas gracias... Ya las examinaré más tarde, si usted me lo permite... Ahora tenemos que hablar de un gran negocio del que depende la felicidad de mi hija y la mia. Mi hija es pretendida por D. Fernando García, jóven cuya fortuna y honradez son conocidas de todo el mundo.

NOT. En efecto... Es un brillante partido.

MARQ. Que yo deseo vivamente aceptar, siempre que al lado de mi nombre pueda deslizarse una sombra de dote, para lo cual quiero que me busque usted inmediatamente diez ó doce mil duros, con hipoteca de fincas, por supuesto. Mis bienes valen cerca de cuatro millones.

NOT. Es cierto, señor Marqués; pero se hallan gravados por más de tres millones y medio de hipotecas.

MARQ. Bien; pero aun me queda cerca de medio millon de capital, representado por fincas libres.

NOT. Que desgraciadamente son las peores de su patrimonio de usted; y aunque tasadas en esa cantidad, hoy, con el trascurso de los años, no valen sino mucho ménos.

MARQ. De modo que ese empréstito...

NOT. Lo creo imposible de realizar. (Señalando los papeles que le ha entregado ántes.) Aquí tiene usted el estado de su fortuna... El activo y el pasivo: y como siempre desde hace diez años, el uno es absorbido por el otro.

MARQ. (¡Pobre Valentina!)

NOT. (Levantándose.) Y no es esto sólo, señor Marqués.

MARQ. Hable usted.

NOT. Creo que ya sabrá usted la muerte de D. Juan Contreras.

MARQ. Sí.

NOT. Sus herederos me han manifestado que no les conviene renovar el pagaré que firmó usted al difunto...

MARQ. He pagado puntualmente los intereses.

NOT. Es verdad; pero debo prevenir á usted que exigirán el reembolso del capital.

MARQ. Están en su derecho... ¿Cuándo cumple?

NOT. Dentro de un mes... La suma...

MARQ. Ocho mil duros. No se me olvida.

NOT. Pues, señor Marqués, si no tiene usted nada que mandarme...

MARQ. Gracias. Beso á usted la mano. (Vase el Notario.)

MARQ. (Dejándose caer en el asiento.) ¡Todo á la vez!... ¿Qué más podria sucederme si hubiera cometido un crímen?... ¡Pobre Valentina! ¡Pobre hija mia!

ESCENA XVI.

VALENTINA, EMILIA, MARQUES y VIZCONDE.

EMILIA. Hénos aquí de vuelta. El paseo ha sido provechoso á Valentina... Ahora dejo á ustedes, porque mi marido estará ya impaciente por mi ausencia. Vizconde, hasta mañana; hasta mañana, Marqués.

MARQ. (Con asombro.) ¿Mañana?... ¿Mañana?...

EMILIA. ¿Olvida usted que comemos juntos?...

MARQ. ¡Ah! Es verdad... Hasta mañana. (Valentina acompaña á Emilia, y salen.)

VIZC. ¿Y bien, tio?

MARQ. No puedo dar ni un real de dote. (Vuelve á dejarse caer en el asiento de que se levantó al principio de la escena.)

VIZC. (Despues de contemplarle un momento.) Abur... (Da algunos pasos para salir, se detiene contemplando á su tio, y dice con desprecio:) (¡Miserable!) (Vase. El Marqués queda abismado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primero. En el medio una mesa con seis cubiertos, adornada con luces y flores.

ESCENA PRIMERA.

VALENTINA, EMILIA, el MARQUES, el VIZCONDE, D. ANTONIO, FERNANDO, sentados á la mesa.

ANT. (Tomando una copa.) Con el permiso de usted voy á brindar por Valentina y por su felicidad futura. (Todos brindan, beben y se levantan de la mesa.)

MARQ. (A un Criado que habrá permanecido junto á la puerta del foro desde el principio de la escena.) Que sirvan el café en el gabinete de la señorita. (Saluda el Criado y vase. Los personajes forman tres grupos: uno del Marqués y el Vizconde; otro de Valentina, que queda junto á la mesa, y Fernando; y otro de Emilia y D. Pedro: estos tres grupos hablan á parte entre sí alternativamente, y en general cuando se indique.)

VIZC. Es usted un hombre de talento, querido tio: una mala comida le hubiera indispuesto con usted para siempre.

MARQ. Creo, sin embargo, que le he obsequiado con demasiada largueza. Ahora se halla en el caso de pedirme en dote una provincia.

VIZC. Ya haremos que se contente con un cortijo.

VALENT. (A Fernando.) Espero que usted nos dispensará si le hemos hecho pasar un mal rato.

FERN. (A Valentina.) Las horas que han trascurrido á su lado de usted han sido las más felices de mi vida.

MARQ. (Al Vizconde.) ¿Pero te han autorizado verdaderamente para explorar mi voluntad acerca de ese matrimonio?

VIZC. (Al Marqués.) ¿No se lo he dicho á usted cien veces?

MARQ. ¿Y tú me aseguras que el señor de García cree que mi nombre puede suplir la falta de dote?

VIZC. Respondo de ello.

EMILIA. (A D. Antonio.) No vayas á hacer del dote una cuestion de gabinete.

ANT. No temas: la hija me tiene encantado, y el padre ha conquistado hoy todas mis simpatías: con que por poco que ceda llegaremos á entendernos.

FERN. (A Valentina.) He osado aspirar á su mano de usted, señorita; pero si he sido demasiado ambicioso, diga usted una palabra, y mi padre no hará al señor marqués de San Jorge la peticion que yo le habia rogado que hiciera... ¿Se calla usted?

VALENT. Sin duda... ¿no es eso lo que usted quiere?

FERN. ¡Ah! ¡Gracias!

MARQ. Pero ese café... (Vase.)

ESCENA II.

DICHOS, ménos el Marqués.

VIZC. (Acercándose al grupo de Fernando y Valentina.) Y bien, ¿qué me dices, Fernando?

FERN. Que soy el más feliz de los hombres.

VIZC. Vaya, me alegro... Y tú, Valentina, ¿eres la más feliz de las mujeres?

VALENT. (Levantándose.) ¡Ricardo!... (El Vizconde y Fernando la siguen al primer término. Entran dos Criados y se llevan la mesa.)

ANT. (A Emilia.) Te digo que nada temas.

EMILIA. Cuento con tu palabra.

ESCENA III.

DICHOS, el MARQUES.

MARQ. Señores, el café nos espera.

ANT. Señor Marqués... ¿quiere usted concederme unos minutos de audiencia?

MARQ. Con mucho gusto.

ANT. Pues vayan ustedes á tomar café: el Marqués y yo tenemos que echar un párrafo.

VALENT. Pues esperamos á ustedes en mi gabinete.

EMILIA. (Bajo al Vizconde.) Todo va bien. (Vanse Valentina, Emilia, Fernando, y poco despues el Vizconde.)

VIZC. (¡Se van á romper las hostilidades! ¡Dios ponga tiento en las bocas de este par de testarudos!...) (Vase.)

ESCENA IV.

El MARQUES, D. ANTONIO.

ANT. Linda pareja hacen nuestros dos hijos, señor Marqués (Entra un Criado con dos tazas de café en una bandeja que deja sobre el velador.)

MARQ. Lo mismo estaba pensando, señor de García. (Se sientan y toman café.)

ANT. Al mirarlos no puedo ménos de acordarme de mis veinte años.

MARQ. Los recuerdos tienen la virtud de rejuveneeer al hombre.

ANT. Ellos me han hecho volver ahora el pensamiento á la época de mis primeros amores... ¡Qué diferencia! Entónces lo veia todo á traves del prisma de la impetuosidad de mi carácter, y hoy no soy otra cosa que un pobre hombre, sin más afan ni más aspiracion que la felicidad de su hijo.

MARQ. Esa es la idea constante de todos los padres.

ANT. (Despues de un momento de pausa.) Señor Marqués: á mí

no me gusta andarme por las ramas, y por consiguiente voy á exponer á usted el objeto de la entrevista que acabo de pedirle y de obtener de su bondad.

MARQ. Ya escucho á usted, señor de García.

ANT. Pues al grano. Señor Marqués: Fernando, que es hombre de buen gusto, ama á Valentina; y Valentina, que tampoco lo tiene malo, parece que corresponde á su cariño. Los dos son jóvenes, guapos y ricos; nosotros somos vecinos; nuestras propiedades colindantes, y todo parece brindarnos á ocupar al cura párroco con un matrimonio que será el orgullo y la felicidad del resto de mis dias. (Levantándose.) Señor Marqués, ¿quiere usted hacerme el honor de concederme para Fernando la mano de su hija?

MARQ. (Levantándose.) Señor de García, mi respuesta será tan cordial y franca como lo ha sido su proposicion. Ese matrimonio me llenaria de satisfaccion, pero desgraciadamente hay un obstáculo...

ANT. ¿Un obstáculo?... ¿El árbol genealógico acaso?... En efecto, los abuelos de Fernando no acertaron á distinguirse en nada, ni á llenar con sus nombres, no ya una página, sino ni una sola línea de la historia de España... Puede que dentro de quinientos ó seiscientos años sus descendientes sean duques ó condes; pero por ahora se llama García á secas... Ya ve usted, señor Marqués... ¡García!... ¡Es un apellido que lo tiene cualquiera!

MARQ. Su corazon es noble, y eso me basta.

ANT. ¿En tal caso?... ¡Ah!... Vamos... Ya comprendo... ¿el dote?...

MARQ. La peticion que usted acaba de hacerme me obliga á confesarle una cosa que me cuesta mucho trabajo decir á nadie. Usted me ha creido rico, fiando como todos en las apariencias... Pues bien... está usted equivocado, señor de García: yo no poseo casi nada, y soy tan pobre como el que más de mis arrendatarios.

ANT. Por Dios, señor Marqués... ¿Quiere usted hacerme

creer que esta posesion, con las tierras que la rodean, esos cortijos de Andalucía?...

MARQ. Nada de eso es mio... ruego á usted no me pida explicaciones que no puedo darle.

ANT. Señor Marqués, yo sentiria ofender á usted, pero creo que en esta ocasion lleva usted un poco léjos su amor al dinero...

MARQ. Ruego á usted no abrigue la menor duda acerca de lo que le he dicho: yo deseo con ansia el casamiento de nuestros hijos, pero declaro de una vez para siempre...

ANT. Que es usted pobre como Job, poseyendo los mejores dominios de la provincia; yo tengo la suficiente buena educacion para no ponerlo en duda...

MARQ. Señor de García, ruego á usted que acabe este tormento...

ANT. Pero...

MARQ. Me habian asegurado que esa cuestion estaba ya zanjada, sin lo cual no me hubiera expuesto á enrojecer de vergüenza delante de usted...

ANT. Piense usted, señor Marqués, que mi hijo posee un millon procedente de la legítima de su madre, y otro que yo le daré como regalo de boda; que en el dia se hacen muchos matrimonios entre plebeyos enriquecidos y señores arruinados, y yo tengo tambien mi orgullo, y no quiero que se crea que compro un nombre para mi hijo; por lo cual, siendo noble su esposa, no se casará con mi consentimiento á ménos de traer ella un dote, por pequeño que sea.

MARQ. Pues en ese caso...

ANT. ¿Cree usted que yo voy á ser muy exigente?... Veinte mil duros... ¿Le parecen á usted mucho?... Sean diez mil, ¡qué diablo!...

MARQ. He dicho á usted, señor de García...

ANT. ¿Todavía le parece á usted mucho?...

MARQ. (Con frialdad y entereza.) He dicho ántes, y repito ahora, que no poseo nada, que no puedo disponer de nada.

ANT. No esperaba tanta resistencia, señor Marqués; pero como quiera que mi deseo es evitar á Fernando un gran disgusto... ¡qué diantre!... admitiré cinco mil

duros, con la condicion de que nadie lo sepa: ¡no quiero ponerme en ridículo! ¡Cinco mil duros!...¿No dirá usted que esto es demasiado? Con que quedamos convenidos...

MARQ. En que no puedo darla un maravedí.

ANT. Señor Marqués, esto ya es más de lo que yo acostumbro á sufrir. Puede usted guardarse su dinero, pero yo no soy ningun fatuo que corre en pos de una nobleza que en mí seria hasta ridícula, ni un tonto que da su dinero y su dignidad al primero que pasa por la calle; por consiguiente declaro á usted á fe de García, que al fin y al cabo es un nombre como otro cualquiera, que á ménos de entregarme usted los cien mil reales consabidos, duro sobre duro, no consentiré jamas en la boda de mi hijo con Valentina.

MARQ. Está usted en su derecho, y hemos concluido.

ANT. ¡No faltaba más sino acceder á dar mi hijo y dos millones en metálico á una señorita que será todo lo que quieran, pero que no tiene un cuarto!

MARQ. Hable usted con más respeto de mi hija...Pobre ó rica, representa la casa de San Jorge: no lo olvide usted.

ANT. ¡Ja, ja, ja!... Hace dos horas que me estoy humillando delante de ese nombre, sólo porque los que lo llevaron antiguamente hicieron yo no sé qué hazañas; pero como yo ni sé lo que hicieron, ni he tenido el gusto de conocer á ninguno de ellos...

MARQ. Basta. Ese tono desdeñoso, ni le sienta á usted bien, ni yo pienso tolerarlo... Usted es rico; posee millones resultado de empresas atrevidas, ganados acaso á la alza y á la baja de las calamidades públicas; nosotros, caballero, no tenemos más que un nombre, un nombre pagado con nuestra sangre, conquistado en los campos de batalla, y unido á las empresas más gloriosas de la patria; un nombre, en fin, que España mira con respeto, porque recuerda á las naciones europeas, la memoria de sus antiguos heroes y de sus glorias nacionales... Hé aquí la razon que hace imposible toda alianza entre nosotros; hé aquí la razon por qué usted se llama el señor de García, y yo el marqués de San Jorge.

ANT. Está bien, señor marqués de San Jorge: me acordaré de las palabras que acaba usted de decirme.

MARQ. No las he dicho para que se olviden.

ESCENA V.

DICHOS, EMILIA, VALENTINA, FERNANDO y el VIZCONDE.

EMILIA. ¿Ha terminado ya esa conferencia?

VIZC. ¿Han logrado ponerse de acuerdo las altas partes contratantes?

ANT. Todo está terminado... Vámonos, Emilia...

EMILIA. (Bajo á D. Antonio.) ¿Pero qué ha sucedido?

ANT. (Alto á Valentina.) Usted nos dispensará, señorita; pero su papá de usted sabe que no debemos permanecer aquí por más tiempo. (Emilia, ayudada por Valentina, se pone el sombrero que puede estar sobre una silla.)

VIZC. (¿A que ha hecho mi tio alguna de las suyas?)

VALENT. (A Emilia, miéntras la pone el sombrero.) Pero... ¿qué significa esto?

EMILIA. No lo sé: pero nada temas, y cuenta conmigo.

ANT. Emilia, vamos; vamos, Fernando... Señor Marqués... señorita... (Vanse.)

VIZC. (Despues de un momento.) (Es necesario que yo sepa lo que pasa.) (Toma su sombrero y sale en seguimiento de los demas.)

ESCENA VI.

VALENTINA, el MARQUES.

MARQ. (Contemplando dolorosamente á Valentina.) (¡Pobre hija mia! Sobre su frente pesan las consecuencias del sacrificio que yo me he impuesto.)

VALENT. (El rostro del padre de Fernando y su manera de retirarse me dicen bien claramente que no debo tener ninguna esperanza.)

MARQ. (¿Debo decirla cuál es la causa de este rompimiento?... No, mi secreto morirá conmigo.) (Despues de un

momento de pausa, se acerca á Valentina, y cogiéndola ámbas manos, la dice muy cariñosamente:) Hija mia, es necesario que te armes de todo tu valor.

VALENT. ¿De todo mi valor?... (Enjuga una lágrima.)

MARQ. (Lo ha adivinado todo.)

VALENT. (Procurando dominarse, y con afectada frialdad.) Hable usted, padre mio.

MARQ. ¿Para qué?... Ya me has comprendido.

VALENT. Es verdad. (Pausa.)

MARQ. ¿Tú me acusas por tu desgracia, Valentina?

VALENT. No, señor.

MARQ. En ese caso, dame un abrazo. (Valentina se deja abrazar, y apénas corresponde al abrazo del Marqués.) (¡Oh! ¡Nunca me ha abrazado de este modo!) Me haces sufrir mucho en este momento, hija mia. (Se deja caer sobre una silla.)

VALENT. Me parece que es usted injusto conmigo, pues ni una reconvenccion, para la que no tengo derecho, ha salide mis labios, ni una sola lágrima ha humedecido mis mejillas.

MARQ. Si yo no sentiré que llores; llora, hija mia, llora, si eso te consuela, y perdona á tu pobre padre. (Se levanta.)

VALENT. ¿Perdonar?... Yo no tengo de qué acusarle... No habrá usted podido entenderse con el señor de García sobre alguna cuestion de intereses; esto nada tiene de extraño.

MARQ. (Esto es ya demasiado.)

VALENT. ¿Habrá exigido de usted un dote considerable?...

MARQ. ¡Cinco mil duros!

VALENT. ¿Cinco mil duros?... (Debia esperarlo.)

MARQ. Acaba, Valentina, acaba de expresar la idea que ha cruzado por tu imaginacion... Pero no es necesario: yo leo en tu pensamiento: tú me crees un avaro que te sacrifica á su avaricia...

VALENT. Yo no he dicho nada, padre mio.

MARQ. ¡Qué cruel eres!... ¿Cómo has podido pensar que yo te sacrificase á un sentimiento infame y despreciable? Una palabra, una sola palabra que saliese de mis labios, bastaria para hacerte caer á mis piés con el corazon lleno de dolor y de remordimientos; pero esa palabra, te amo demasiado para pronunciarla... (Va-

lentina permanece insensible y como abismada en sus pensamientos.) ¿Tú callas? ¿Tú no me crees?... Pues bien... ¡Dios mio!... Yo he hecho todo lo posible por ahorrarla esta última pena; pero yo necesito el amor de mi hija, y más quiero causar su desgracia, que sentir su desprecio... (Despues de un momento.) Valentina, ¿quieres que te dé cuentas de mi conducta?... Pues escucha.

VALENT. Padre mio, yo no exijo nada: puede usted guardar su secreto.

MARQ. No, basta de amarguras; he apurado el cáliz hasta las heces, y mi sufrimiento se ha agotado por fin... He sufrido el desprecio de los extraños. ¡En hora buena!... ¿Pero el de mi hija?... ¡Nunca, nunca!

VALENT. (¿Qué es lo que va á decir?)

MARQ. El señor de García no me ha pedido más que cinco mil duros, es decir, una miseria; y yo... ya lo sabes, yo me he negado á darlos, porque estoy arruinado.

VALENT. ¡Arruinado!...

MARQ. Sí: yo queria sufrir solo esta desgracia, que te he ocultado cuidadosamente; pero tú has querido participar de ella... Yo tenia un hermano á quien tú no has conocido... el padre de Ricardo... un corazon noble y generoso, pero un carácter impresionable é imprudente... Instigado por el afan de las especulaciones que durante nuestra juventud empezó á invadir á España, comprometió y perdió sus capitales en empresas atrevidas y desgraciadas.

VALENT. ¡Dios mio!

MARQ. Para reparar sus desastres, contrajo deudas que volvió á perder en nuevos negocios: hasta que completamente arruinado, el infeliz, preso de vértigo fatal, cometió uno de esos crímenes que la ley castiga con una pena infamante.

VALENT. ¡Ah!... Basta, basta...

MARQ. Su desolada esposa vino á arrojarse á mis piés, rogándome que le salvara... pero para ahogar aquel escándalo, para evitar tanta vergüenza, era forzoso sacrificar mi fortuna, que era la tuya, y dudé...

VALENT. ¿Dudar, padre mio?

MARQ. Entónces la desesperacion de mi hermano no co-

noció límites: quiso atentar contra su vida, y yo al fin, vencido en aquella lucha, arranqué á peso de oro, de las manos de un acreedor implacable, la prueba escrita de la infamia del que llevaba mi nombre... Pero para esto hube de condenar á la miseria al sér que más queria en el mundo.

VALENT. Muy bien, padre mio.

MARQ. Mis rentas desde entónces se han consagrado casi exclusivamente á la amortizacion de las deudas que para esto tuve que contraer, hipotecando lo mejor de mi patrimonio... Al poco tiempo de la pérdida de mi fortuna, la desgracia me hirió con otro golpe terrible: perdí á tu madre; y esta vez, lo confieso, mi debilidad venció á mis propósitos de economía, é hice con pompa los funerales de la que habia sufrido tanto en vida, que bien merecia una tumba digna en que descansar despues de muerta... Contraje un nuevo crédito, é hipotequé esta casa á gentes codiciosas que nos arrojarán de ella como miserables mendigos si dentro de un mes no pago esa deuda. Ahora que lo sabes todo, ¿acusarás todavía mi conducta?

VALENT. (Arrojándose con expansion en los brazos del Marqués.) ¡Padre de mi alma!

MARQ. ¡Hija!... ¡Gracias, Dios mio!...

ESCENA VII.

DICHOS, el VIZCONDE que, al ver abrazados al Marqués y á Valentina, se quita respetuosamente el sombrero, y queda contemplando el grupo y escuchando con interes la escena, hasta que se marque que debe tomar parte en ella.

MARQ. Yo no puedo explicarte lo que he tenido que sufrir, Valentina, para desempeñar el miserable papel de rico avariento; yo no podré expresar nunca todo lo que me ha costado el regatear con ese hombre el precio de tu dicha; todos los esfuerzos que he tenido que hacer para no presentarle esta escritura (Saca una.) y decirle... «Hé aquí lo que yo he hecho del

dote de mi hija: lo he empleado todo entero en salvar el honor de mi hermano».

VIZC. (¿Qué es lo que oigo?)

VALENT. Padre mio, perdon. (Quiere arrodillarse.)

MARQ. Levanta, Valentina, levanta.

VALENT. Deme usted ese papel. Ricardo no debe nunca sospechar su existencia. (Toma el papel de manos del Marqués, y lo rompe.)

MARQ. Bien, hija mia... Reconozco mi sangre en la tuya.

VIZC. (¡Y yo le he insultado!)

VALENT. Desde hoy, yo seré digna de usted... Esa pobreza que ha sabido usted ocultar á todo el mundo, yo la soportaré con valor y la compartiré con orgullo.

MARQ. Péro... ¿él?

VALENT. ¿El?

MARQ. Tú le amas.

VALENT. Procuraré olvidarle.

MARQ. (Abrazándola.) ¡Pobre Valentina! (Ricardo se adelanta vacilante y con los brazos abiertos.) ¡Ricardo!... ¿Estabas ahí?

VIZC. No, no señor, llego ahora mismo.

MARQ. Pero... ¿qué tienes?... Apénas puedes hablar... tus rodillas flaquean...

VIZC. No, no es nada... sino que el Burdeos... (Aparentando embriaguez.) Nos ha dado usted un Burdeos riquísimo, riquísimo; y como hace tiempo que el estado de mis fondos no me permite probarlo, ¿me entiende usted, hombre?... pues... el hecho es, que me ha producido un efecto así...

VALENT. ¿Cómo?

VIZC. Nada, mujer, nada: que estoy un poco alegrillo... y voy á aprovechar la ocasion para abrazar á mi tio... (Le abraza.)

MARQ. ¿Tienes el vino sensible?...

VIZC. Un poquillo, un poquillo... (No puedo más. Me estoy ahogando.) Pero ¡qué diablo! Afuera las penas... voy á bailar una polka... En baile, Valentina. (Coge á Valentina, venciendo su resistencia, y comienza á bailar con ella una polka, que tararea con voces descompasadas.)

FIN DE ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.



Sala en casa de D. Antonio García. Mesa de escritorio en primer término. Puertas á la derecha y al foro.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA, bordando; D. ANTONIO y el ESCRIBIENTE, escribiendo en la mesa; FERNANDO, leyendo sentado en un sófá. JUAN entra por el foro al levantarse el telon, y se dirige á D. Antonio.

JUAN. El almuerzo del señor está en la mesa.

ANT. Pueden retirarlo. No tengo apetito. (Continúa escribiendo.)

JUAN. (Dirigiéndose á Emilia.) ¿Mando enganchar la victoria, señora?

EMILIA. No pienso salir hoy.

JUAN. (Acercándose á Fernando.) ¡Señorito!...

FERN. ¿Qué?

JUAN. ¿Tiene usted algo que mandarme?

FERN. Que me dejes en paz. (Continúa leyendo.)

JUAN. (Desde la puerta del foro.) (¡Vaya un humor que tienen todos! No, pues para ver malas caras no valia la pena de haber dejado el servicio del señor marqués de San Jorge.) (Vase.)

EMILIA. (Mirando á Fernando.) ¡Pobre Fernando! En vano trata de distraer su tristeza.

ANT. (Al Escribiente.) Esta tarde irá usted á Madrid para cobrar esta letra; (Entregándole una.) pero ántes pasará usted por casa de nuestro vecino el señor marqués de San Jorge á percibir el importe de este pagaré... (Sacando uno de entre varios papeles. Fernando deja su lectura.)

EMILIA. (Levantándose.) ¿Tienes un pagaré del marqués de San Jorge?

ANT. Un pagaré de ocho mil duros que vence hoy, y que ha sido endosado á mi favor por su legítimo dueño hace ocho dias.

EMILIA. No apruebo tu conducta en esta ocasion. (Todo este diálogo es aparte entre Emilia y D. Antonio.)

ANT. Pierde cuidado: por pobre que pretenda aparecer el señor Marqués, él pagará los ocho mil del pico, so pena de dejar comprometido su ilustre nombre, un nombre histórico. (Se levanta.)

EMILIA. Sin embargo, tu hijo...

ANT. (Al Escribiente.) Puede usted retirarse: yo mismo haré esta cobranza. (Vase el Escribiente.)

EMILIA. Creo que la prudencia exigia no pronunciar el nombre del marqués de San Jorge delante de Fernando.

ANT. (Desentendiéndose de Emilia.) ¿Fernando?

FERN. Padre mio. (Se levanta y deja su libro sobre el sofá.)

ANT. ¿Quieres que demos juntos un paseo por los alrededores?

FERN. Doy á usted mil gracias, pero estoy leyendo una obra muy importante, y quisiera terminarla. (Vuelve á sentarse y continúa su lectura.)

EMILIA. (¡Qué frialdad!)

ANT. (Acercándose al sofá.) Si quisieras ir esta noche al teatro, mandariamos poner un carruaje, y en poco más de media hora estariamos en Madrid al trote de mis yeguas normandas.

EMILIA. ¡Excelente idea! Vamos al teatro.

FERN. Dispénseme ustedes, pero los espectáculos teatrales me fastidian, y prefiero quedarme en casa. (Emilia y D. Antonio se separan del sofá, con muestras de disgusto. Fernando se levanta y sigue á su padre como temeroso de haberse propasado. Pausa.)

ANT. Escúchame, Fernando. Hace un mes, desde la ruptura de tu proyecto de matrimonio con la señorita de San Jorge, nuestra vecina, ruptura cuyos justos motivos conoces tan bien como yo, que no eres el mismo para conmigo: tu cariño se ha enfriado notablemente; ántes me tratabas como un amigo, y ahora soy para tí poco ménos que un extraño.

FERN. Padre mio...

ANT. Vas á decirme que en nada me has faltado: lo sé; pero ese mismo respeto estudiado y glacial, me mortifica lo que no puedes figurarte.

EMILIA. Creo que exageras, Antonio; Fernando es, como siempre, el mejor y el más cariñoso de los hijos.

ANT. Lo ha sido en algun tiempo; pero desde ese dia fatal todo ha cambiado para él.

FERN. Se equivoca usted, padre mio.

ANT. No me equivoco: esta casa se ha convertido para tí en una especie de cárcel, donde arrastras tu fastidio como un prisionero que no se atreve á romper sus cadenas por un resto de respeto á la autoridad paterna que las ha forjado; pero como el papel de carcelero paternal me es altamente desagrable, te devuelvo tu libertad desde este momento...

EMILIA. (Interponiéndose y cogiendo del brazo á D. Antonio.) Vamos, la tarde esta magnífica, y ántes has dicho que querias pasear.

ANT. (Desasiéndose de Emilia.) Déjame, Emilia. Tú me conoces demasiado para saber que nunca cejo en mis propósitos una vez formados. Fernando parece reprocharme por haber impedido su casamiento con esa señorita; pues bien, afortunadamente es mayor de edad, y la ley le autoriza para casarse sin mi consentimiento.

EMILIA. Yo te suplico...

ANT. Déjame acabar... Mañana, al abrir mi caja, puedes presentarte en Madrid á cobrar un millon de reales que te corresponde por la legítima de tu madre; con esa cantidad, puedes casarte con la mujer que prefieres á tu padre... Toma la órden para mi cajero. (Le da un papel que toma de encima de la mesa.)

FERN. (Devolviéndole, que D. Antonio deja encima de la mesa.) Yo no necesito dinero, padre mio; tengo una carrera concluida; soy ingeniero, y mi sueldo me basta para mantenerme sin necesidad de un capital que está muy bien en sus manos de usted... En cuanto á mi libertad, perdóneme usted si no le hago dueño de ella como de la legítima de mi madre.

EMILIA. Fernando...

FERN. Perdóneme usted, padre mio; pero este amor es más fuerte que yo, y voy á ofrecer en este momento mi corazon y mi mano á la mujer que ha sabido inspirármelo.

EMILIA. Fernando, piensa lo que haces. ¡Es tu padre!...

FERN. Señora, Valentina es mi vida, y cada uno defiende su vida como puede. (Vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA II.

EMILIA, D. ANTONIO.

ANT. ¡Hé aquí lo que son los hijos!... Abandona á su padre, á su padre que sólo piensa en él, que sólo por él vive, y corre á echarse en brazos de una familia extraña.

EMILIA. Ten resignacion, Antonio, ten calma. Las pasiones de los jóvenes son impetuosas, y felizmente la de Fernando no se ha fijado en una persona indigna de él.

ANT. No lo ignoro: Valentina es un ángel; pero su padre es un miserable que no ha consentido en soltar un solo real, y que si accedia á la boda de su hija con Fernando era sólo porque sin duda contaba con que mi hijo heredase pronto mi pingüe fortuna. ¡Ah!... Pero ahora no tengo que guardar á nadie la menor consideracion: hecho ese matrimonio sin mi permiso, nadie me criticará si deshHeredo á mi hijo y te cedo á tí en vida toda mi fortuna. En cuanto á la legítima de su madre que me ha dejado como una limosna, mañana mismo haré que se la entreguen.

EMILIA. Por mi amor, Antonio, te ruego que no te entregues á vanos alardes de cólera... Tú acabarás por perdonar á tu hijo esa calaverada, disculpable en su edad y en el estado de su corazon.

ANT. ¡Nunca, nunca! No debe esperar de mí ni un saludo, ni un solo céntimo... Mañana todo será tuyo.

EMILIA. Yo no aceptaré jamas esa donacion que creo injusta...

ANT. Emilia, yo sé lo que debo hacer.

EMILIA. Y yo tambien, y creo que, cuando se sepa mi conducta, todas las gentes honradas me felicitarán por ella.

ANT. He dicho que mañana...

EMILIA. No aceptaré nada, porque lo único que quiero de tu fortuna me lo vas á dar hoy (Con zalamería.)

ANT. ¿Y qué es lo que quieres?...

EMILIA. Ya te lo he dicho: una parte muy pequeña de lo que posees.

ANT. Sepamos... ¿qué es ello?...

EMILIA. Una cosa que está en tu cartera.

ANT. ¿El pagaré del marqués de San Jorge?... Nunca.

EMILIA. ¡Esposo mio!...

ANT. He dicho que nunca.

EMILIA. ¡Yo te lo ruego!...

ANT. Este pagaré constituye ahora mi único placer, pues en él contemplo mi venganza, casi mi felicidad.

EMILIA. ¿Vengarte?... ¿Piensas en vengarte del padre de Valentina? Yo no te lo perdonaria nunca.

ANT. Pues lo haré, aunque pierda tu cariño, que es lo único que me queda en el mundo. Seré con él, lo que él ha sido conmigo: implacable; tú no conoces á ese hombre, Emilia: es no sólo un avaro, sino, lo que es más, un usurero: pide dinero á un interes módico, y lo negocia luégo sin duda á un tanto por ciento considerable... ¿Cómo se explica de otro modo este pagaré firmado hace diez años á mi difunto amigo Contreras, por un hombre que posee una renta tan considerable?

EMILIA. ¡Cómo!... Hace diez años...

ANT. Hace diez años: Contreras era su amigo, y él abusa-

ba... Pero ahora todo ha cambiado: yo he comprado este pagaré á los herederos de mi amigo, y mi dinero no está acostumbrado á ganar el seis por ciento... Hoy, por fin, voy á ver claro en la vida de ese hombre. ¡Oh! ¡Si yo tuviese la suerte de que no pudiera pagarme!... ¡Daria veinte mil duros por tener esa dicha!

EMILIA. ¿Serias capaz de vender su casa?...

ANT. Sin dejarle una piedra...

EMILIA. ¡Antonio, no te conozco!

ANT. Es que ya es más que odio lo que siento hácia ese hombre... Sin él, mi hijo estaria todavía á mi lado... yo no me hubiera visto casi arrojado de una casa como lo he sido de la suya. ¡Ah!... Pero ahora puedo hacerle pagar mi orgullo ofendido, mi corazon destrozado y mi hijo perdido... Sí, Emilia, sí: ahora va á pagarme el capital y los intereses de este mes de sufrimientos.

JUAN. (Anunciando desde la puerta del foro.) El señor marqués de San Jorge.

ANT. ¡El marqués de San Jorge!

EMILIA. (¿El en esta casa?)

ANT. (A Juan.) Que pase adelante. (A Emilia.) Déjanos solos. (Vase Juan.)

EMILIA. Te ruego...

ANT. Déjanos solos.

EMILIA. (Corro á ver á Valentina. Es preciso que yo sepa lo que pasa.) (Vase.)

ESCENA III.

EL MARQUES, D. ANTONIO.

MARQ. (Dios quiera darme valor para esta prueba.) (Saluda friamente á D. Antonio, que á su vez le saluda tambien con frialdad.)

ANT. (Indicándole una silla.) Tenga usted la bondad de sentarse.

MARQ. Gracias, estoy bien de pié.

ANT. Como guste.

MARQ. Señor de García, tengo que hablar á usted de un asunto para mí muy importante.

ANT. Escucho á usted, señor Marqués.

MARQ. Tiene usted, segun me han dicho, un pagaré de ocho mil duros que vence hoy, firmado por mí al difunto don Rafael de Contreras.

ANT. Ha sido usted bien informado.

MARQ. Ese crédito está garantizado por una hipoteca en regla de la quinta que habito y de las tierras que la rodean. Ahora bien: yo no puedo pagar esos ocho mil duros...

ANT. ¿Y en qué puedo yo servir á usted?...

MARQ. Desearia que se sirviese usted consentir en que renovásemos ese pagaré.

ANT. Señor Marqués, me pide usted una cosa imposible.

MARQ. ¡Imposible!

ANT. Y usted debia esperarlo...

MARQ. En efecto. Me habian prevenido que usted habia comprado ese pagaré con un espíritu de venganza.

ANT. No gusto de adornarme con virtudes que no tengo; así, no puedo ménos de confesar que he querido probar á usted que un gran nombre no es siempre una garantía contra las necesidades de la vida; y que si bien la nobleza es una satisfaccion justamente orgullosa, una grandeza patrimonial, una gloria para el país; el dinero, llamado por otro nombre trabajo y economía, es á su vez una autoridad y una fuerza.

MARQ. Tiene usted razon, señor de García; yo le habia á usted humillado, y usted á su vez ha querido humillarme. Yo esperaba este momento, y quizas eso me ha dado valor para presentarme en esta casa á pedir á usted se sirva renovar ese pagaré en lugar de hacerme abandonar mi casa, bajo cuyos techos murieron mis padres y se meció la cuna de mi hija...

ANT. Está bien. Consiento en prorogar ese pagaré, señor Marqués, pero con una condicion.

MARQ. ¿Cuál?

ANT. Deseo saber una cosa.

MARQ. (¿Qué va á preguntarme?)

ANT. Yo voy derecho al asunto: permítame usted, señor Marqués, que recuerde una cuestion que sin duda á los dos nos fué desagradable; nuestras cortas relaciones fueron bruscamente interrumpidas por un dote de cinco mil duros que usted se negó á dar á su hija, haciéndola acaso por tan mezquina cantidad desgraciada para toda su vida... Yo soy, señor Marqués, un hombre honrado; si hay en su existencia de usted un secreto, yo me comprometo bajo mi palabra de honor á guardarlo como un depósito sagrado; si es una debilidad, yo la excuso de antemano; pero para poder entenderme con usted, necesito descubrir ese misterio que á usted rodea y que yo no he podido penetrar. En cambio de ese secreto, que me interesa conocer, entrego á usted su pagaré, que ya satisfará cuando le acomode.

MARQ. Caballero, en ese documento he hipotecado una finca: no el honor de mi nombre; usted es dueño de mi casa, y puede venderla cuando guste; pero yo lo soy de mis secretos, y pienso hacerlos respetar por todo el mundo.

ANT. Reflexione usted...

MARQ. (Ademan de despedirse.) No tengo que añadir ni una sola palabra.

VIZC. (Entrando por el foro.) Pero yo, tio, tengo que decir muchas, y las diré, so pena de pasar á mis propios ojos por el más despreciable de los hombres.

ESCENA IV.

DICHOS, VIZCONDE.

MARQ. ¡Ricardo!

VIZC. El señor de García no accede á los ruegos de usted, porque no cree en su miseria: ¿no es cierto?

MARQ. Sí.

VIZC. Y se apoderará de la hipoteca, y venderá la casa solariega de los San Jorge, si permanece en ese error...

MARQ. De que no depende de mí el hacerle salir.

VIZC. De usted no, pero de mí sí.

MARQ. ¿Qué quieres decir?... Calla.

VIZC. No, basta sacrificios... Hablaré. Quiero salvar á usted con mi elocuencia, y será la primera vez que la elocuencia sirva de algo que no sea enredar las cosas.

MARQ. ¡Ricardo!

VIZC. (A D. Antonio.) Hé aquí el hombre más leal, más generoso y más desinteresado de la tierra.

MARQ. ¡Basta, Ricardo!

VIZC. (Continuando.) Yo, como usted, he dudado de él, le he acusado, le he calumniado; pero por fin he visto claro, y...

MARQ. ¡Silencio!

VIZC. No, tio, no me callaré, cuando puedo decir que desde hace diez años se ha condenado usted, condenando á la vez á su pobre hija, á una vida de abnegacion y de miseria por la más noble de las causas. Mi padre cometió una falta que puso en peligro el honor de la familia, y mi tio sacrificó heróicamente su fortuna por dejar á salvo ese honor hasta entónces inmaculado.

MARQ. ¡Ricardo!

VIZC. ¿Y cuando á él se le acusa, cuando á él se le desprecia, habia yo de callarme? No... A cada uno su parte... Al hijo, la fatal herencia de su padre... al mártir de su honra, la consideracion y el respeto.

MARQ. ¿Qué has hecho, desgraciado?

VIZC. No añadir una nueva infamia á la que pesa ya sobre mi nombre.

ANT. Señor Marqués, crea usted que nunca podia figurarme...

MARQ. Ese hombre ha mentido, señor de García.

VIZC. He dicho la verdad, y lo juro por la memoria de mi madre. Perdon, tio; pero mi padre desde el cielo aprobará mi conducta, porque estoy seguro de que él mismo no hubiera aceptado por más tiempo abnegacion tan heróica.

MARQ. Pero entre tanto yo soy el juez en las causas de mi honra; he sacrificado mi reposo, mi fortuna y hasta

mi vida por no despertar un recuerdo que dormia bajo la losa de una tumba, y tú has osado con mano sacrílega levantar esa losa; y al deshonrar á mi hermano, á tu padre, has deshonrado el nombre de mi familia.

ANT. Si un hombre basta para envilecer el nombre de una familia, otro hombre debe bastar para ennoblecerlo y levantarlo; y lo que usted ha hecho, señor marqués de San Jorge, basta para añadir un brillante blason en el mismo sitio en que usted creia manchado su escudo de nobleza.

MARQ. (Tendiéndole la mano.) Muchas gracias, señor de García.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, VALENTINA, EMILIA, FERNANDO.

VALENT. ¡Papá!

MARQ. (Abrazándola.) ¡Hija mia!

ANT. (Que ha tomado un papel de encima de la mesa, dice al Marqués.) Señor Marqués, pido á usted perdon por haber dudado de su palabra; pero para que vea usted hasta qué punto fio en ella, como yo no podria regalar á usted este pagaré sin ofenderle... (Lo rompe.)

MARQ. ¿Qué hace usted?

ANT. Me debe usted ocho mil duros.

EMILIA. Bien, esposo mio. (Fernando abraza á D. Antonio.)

MARQ. ¿Cómo podré nunca corresponder á tanta nobleza?

ANT. De un modo muy sencillo. Hay secretos que no deben salir de la familia: el que yo acabo de saber hace poco, es uno de ellos: por consiguiente... Señor Marqués, aunque me considero indigno de tanta honra... ¿quiere usted concederme la mano de Valentina para mi hijo Fernando?...

FERN. (Suplicante.) ¡Señor Marqués!...

MARQ. ¿Con qué derecho podria negarla?

VALENT. (Abrazándole.) ¡Padre mio!...

VIZC. Tio, yo soy, como usted, un pobre de levita: no podia salvar á usted con mi dinero, y lo he hecho con mi lengua... ¿Perdona usted á mi lengua el atrevimiento de haberse metido en sus negocios?

MARQ. Ricardo... hijo mio, ven á mis brazos; yo te bendigo en el nombre de tu padre.

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no tengo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 14 de Noviembre de 1864.

El Censor de teatros,

NARCISO SERRA.

EN DOS ACTOS.

Bruschino, L.
De incógnito, L. y M.
El postillon de la Rioja, L.
El resucitado, L. y M.
Entre mi mujer y el negro, L.
La cola del diablo, L.
Llamada y tropa, M.
Marina, M.
Muerta en el bosque, L. y M.
¡Quien manda, manda! M.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Amor y misterio, L.
Amor y arte, L. y M.
Amar sin conocer, L.
Azon Vizconti, M.
Cadenas de oro, M.
Catalina, L.
Campanone, L. y M.
Dos coronas, M.
El arca de Noé, M.
El valle de Andorra, L.
El hijo de familia ó el lancero voluntario, L. y M.
El sargento Federico, L.
El juramento, L.
El paraiso en Madrid, L.
El secreto de una dama, L.
El agente de matrimonios, M.
El caudillo de Baza, L. y M.
El dominó azul, M.
El planeta Vénus, M.
El toque de ánimas, L. y M.
Galanteos en Venecia, L.
Giralda ó el marido misterioso, L. y M.
La embajadora, L. y M.
La cacería real, M.
La Estrella de Madrid, M.
La tabernera de Lóndres, M.
Los filibusteros, L.
Los piratas, L.
Los Madgyares, L.
Los circasianos, L. y M.
Margarita, L.
Mis dos mujeres, L.
Rival y duende, L. y M.
Un dia de reinado (mitad), L.
Un estudiante de Salamanca, L. y M.
Un viaje al rededor de mi suegro, L.
Un trono y un desengaño (3.ª parte), M.

Cuando se ejecute alguna obra cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

OBRAS.

Comentarios del emperador Cárlos V. Rvn. 16.
Historia de la música española, 4 tomos, 100.
Ecos nacionales (poesías), 12.
Ecos del alma (Id.), 8.
Veladas poéticas (Id.), 6.
El beso de Júdas (novela), 6.
La niña expósita (Id.), 8.
Hist. de una venganza (Id.), 8.
Una vírg. y un dement. (Id.) 8
Los Maldonados (Id.), 8.
Catecismo de la Doctr. cristiana y Compendio de la Historia Sagrada, 4.
Etica elemental, 12.
Reló aritmético, 10.



VENTA EN MADRID.

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA,
CARRETAS, 9.

SRES. MOYA Y PLAZA, CARRETAS, 8.

DON ALFONSO DURAN, CARRERA DE SAN GERÓNIMO, 8.

EN PROVINCIAS.

EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.